

# MEMORANDUM APOLOGETICO

— SOBRE —

LA ORGANIZACIÓN GERÁRQUICA

DE LA

IGLESIA NACIONAL



**MONTEVIDEO**

TIPOGRAFIA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ  
CALLE BUENOS AIRES, 155 ESQUINA MISIONES

1896

50 km

# Introducción

«En toda República bien ordenada el primer cuidado debe ser organizar en ella la verdadera religión.»

*Platón. Polit. II.*

Debia llegar, por fin, el día en que desapareciese, como incompatible con la cultura y adelanto de la Nación, el estado anormal y precario de la Iglesia Uruguaya; pues que el decoro nacional exigia y reclamaba que la República dejase de figurar como una excepción en el concierto de las naciones civilizadas.

La Legislatura nacional, aceptando la iniciativa del Poder Ejecutivo, ha sabido posponer miras estrechas y anti-religiosas al engrandecimiento de la patria, sancionando, con beneplácito general del país, la ley que viene á colocar á la Iglesia Uruguaya en su verdadera categoría institucional.

Por eso las manifestaciones adversas, dentro y fuera de las HH. Cámaras, han sido consideradas, hasta por el liberalismo político, como actos de sectarismo intransigente; y tan es así que, como muy razonablemente lo advertía el señor Diputado Dr. Herrero y Espinosa, no era con un criterio sectario como debia resolverse la cuestión de la organización de la Iglesia nacional; pues este distinguido ciudadano, enseñando, puede decirse, cómo es que debiera entenderse el liberalismo, si ha de significar culto á la libertad y no

odio á la religión y á la Iglesia: «No es mi criterio, decía, el que debe decidir si la Iglesia oriental necesita Arzobispado y Obispados; es el criterio de la inmensa cantidad de católicos que hay en el país; y, dentro de este puesto, en el ejercicio de un cargo público, entiendo hacer acto de liberalismo concurriendo á la petición de esa mayoría de católicos del país. Por eso, liberal como soy, nunca he hecho actos de sectarismo.»

Asi pues, dentro de breve término, será un hecho consumado el establecimiento de la gerarquía en la Iglesia nacional; como quiera que la ley que acaba de sancionar la H. Asamblea legislativa facultando la creación del Arzobispado metropolitano con dos Obispados sufragáneos, merecerá indudablemente el acuerdo del Gefe Supremo de la Iglesia, quien fué previamente consultado por el Poder Ejecutivo, autor del Proyecto.

«¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad: *Gloria in excelsis. Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis!*» Fué con esta aclamación triunfal del Evangelio con la que saludamos la ley de organización de la Iglesia nacional: *para gloria de Dios y honra de los hombres de buena voluntad, que la supieron sancionar.*

La Iglesia y la Patria uruguayas están, por tanto, de parabienes.

Y ese hecho no solo quedará consignado con caracteres dorados en los fastos de la Iglesia uruguaya, como uno de los acontecimientos mas trascendentales para la decorosa y definitiva organización de la misma; sino que en los anales de la República significará un adelanto institucional, que implica para la Iglesia de Estado la dignidad y gerarquía que le corresponde y posee en toda nación civilizada.

Pero antes de entrar en materia, debemos declarar que hemos dado el título de *Memorandum* á la presente exposición, porque no está destinada á leerse en los templos, como las instrucciones pastorales, ya que la nueva gerarquía aún no ha sido canónicamente erigida por la Santa Sede; y porque constituirá mas bien un trabajo apologético sobre el

asunto, especialmente con relación á la actitud de la H. Asamblea nacional y de los liberales uruguayos; pues creemos que se ha dado un paso muy avanzado hácia la evolución contemporánea del *espíritu nuevo* que caracterizará y salvará la sociedad moderna.

Asimismo, dado el prurito de tachar de parciales á los defensores de la Iglesia, declaramos, á fin de que no pueda atribuirse á espíritu de parcialidad lo que vamos á exponer en favor de este asunto, que seremos pródigos en servirnos de la autoridad de publicistas y estadistas independientes.

---

## Primera Parte

Desde luego empezamos por reproducir la opinión que, al iniciarse este asunto, dió un diario que no es del color político del partido dominante: «Para nosotros el proyecto del Ejecutivo, decia, lejos de merecer una observación, es digno de que se le tribute un aplauso, no solo á nombre de la familia uruguaya, cuya mayoría es eminentemente católica, si que también á nombre de la cultura y el progreso del país, puesto que con aquel proyecto no se persigue otro propósito, otro fin que la organización definitiva, completa digámosle así, de la Iglesia Nacional.

La Diócesis de Montevideo se hallaba en las mismas condiciones de la Diócesis paraguaya, que depende de la Metropolitana de Buenos Aires; hasta que la Santa Sede hizo una honrosa concesión á nuestro favor acordando la autonomía de la Iglesia Uruguaya en mérito á nuestra importancia indiscutible como nación.

Pero, se ha observado discretamente por católicos y no católicos también, que si bien la Iglesia Uruguaya se halla en la categoría de independiente y autónoma, no goza de la dignidad y gerarquía que á esa independencia corresponden y que la colocarían en el rango de una Proviucia Eclesiástica, vale decir, un estado confederado de la gran República Cristiana, cuya cabeza es la Sede Romana.

Sí, á pesar de la tolerancia de cultos, la Constitución nacional reconoce como única religión del Estado la católica, es lo más justo y lo más natural que el Gobierno trate de colocar á la Iglesia en el puesto que se merece, es decir, en condiciones dignas, erijiéndola en un estado soberano dentro de la gran congregación de sus fieles, desde el momento también que la República del Uruguay, por su avanzada cultura y por sus progresos, no tiene por que quedar en esta materia á la retaguardia de las demás naciones americanas.

La extensión misma de la Sede de Montevideo, el aumento de la población y la importancia alcanzada por las

distintas ciudades y pueblos del litoral é interior del país, hacen necesaria la creación de la Arquidiócesis Metropolitana, que traería aparejada la división de la República en varias Diócesis.»

Colocada la cuestión en este terreno de legitimidad y de sentido común, hubiese sido decidida sin ninguna clase de oposiciones, como sucediera en las Repúblicas hermanas con asuntos análogos; pero vino á envenenarla el sectarismo y la política, aunque todo esto solo ha servido para hacer resaltar el triunfo de la justicia y bondad de la causa.

Y en verdad, la creación del Arzobispado metropolitano de la República responde á la más completa y definitiva organización de nuestra Iglesia por el establecimiento de la gerarquía que canonicamente corresponde á una Iglesia nacional autónoma; pues si la nuestra es independiente respecto de la Arquidiócesis de Buenos Aires, de la cual se desmembró según la ley del 11 de Julio de 1830, solo fué por un privilegio de la Santa Sede, aunque quedando inmediatamente sujeta á esta, como las Diócesis de misiones; pues le correspondía ser sufraganea de la Arquidiócesis argentina, como lo es la del Paraguay, ó formar Provincia eclesiástica distinta. Así constituíamos una Iglesia nacional autónoma de una manera anormal, esto es, sin la dignidad y gerarquía que canónicamente debiera tener como lo exigía el decoro nacional y también la excesiva extensión y población de la Diócesis actual.

No faltaron quienes patrocinasen la idea de elevar simplemente la Sede de Montevideo á la dignidad Arzobispal; pero el Arzobispado sin los Obispos sufraganeos no constituiría la gerarquía canónica; pues sin estos aquel deja de ser metropolitano, no siendo mas que una mera dignidad, aun en el caso de dotársele con uno ó más Obispos auxiliares, porque estos carecerían de jurisdicción ordinaria, siendo simples delegados del Arzobispo.

Ademas, el fundamento canónico que exige la constitución de la gerarquía eclesiástica para la existencia autónoma de la Iglesia nacional, consiste en que no puede formarse Pro-

vincia eclesiástica sin la jurisdicción del Arzobispado metropolitano respecto de los Obispos Sufraganeos.

En cuanto á la división de la República en tres Diócesis debe considerarse como una exigencia de la extensión territorial combinada con la densidad de la población, desde que el término medio de almas para cada Diócesis es de 250 mil habitantes; aunque también debe tenerse en cuenta en este cómputo la extensión del territorio, pues esta hace más ó menos difícil el cumplimiento de las visitas pastorales en la Diócesis, la que, según impone el Concilio de Trento, debe ser visitada por el Obispo anualmente. Así, mientras en Francia, por ejemplo, existe una Diócesis por cada Departamento, cuya extensión es menor que la de nuestros curatos de campaña; en el Japón, donde acaba de establecerse la gerarquía eclesiástica, existe un Arzobispado metropolitano con tres Diócesis sufraganeas para una población de 50 mil católicos. Teniendo nuestra República una población que raya en el millón, á razón de 250 mil por Diócesis, las tres nuevas Diócesis solo equivaldrían á una población de 750.000 habitantes.

## II

El Poder Ejecutivo, en su Mensaje del 25 de abril de 1895 á la H. Asamblea general, sintetizaba así los fundamentos que justificaban la creación del Arzobispado metropolitano: «El Poder Ejecutivo se preocupa de la organización de la Iglesia nacional erigiéndola en Arzobispado metropolitano con dos Obispos Sufraganeos, como lo requiere ya el crecimiento de la nación y su dignidad de soberana;.... pues no dejará de comprender V. H. que ello contribuye al engrandecimiento de la República y á cumplir con los deberes que tenemos que llenar conforme á la ley fundamental del Estado en armonía discreta con los recursos del mismo y de los sentimientos de la gran mayoría de sus habitantes.»

Si el Mensaje en su parte fundamental no podía ser más lacónico, tampoco podía ser más contundente: así es que el proyecto del P. E., como acto de administración, era irre-

futable, (1) y, al merecer la sanción de la H. Asamblea por una notable mayoría, queda también demostrada la justicia y bondad del mismo.

Y en verdad, la iniciativa del Poder Ejecutivo y el voto de la H. Asamblea se encuadran perfectamente en la letra y espíritu de nuestra carta fundamental, la que, en su artículo 5.º, declara terminantemente que la religión del Estado es la Católica, así como también dispone que el Presidente de la República, al tomar posesión de su alta magistratura, *jure proteger* esa misma Religión.

Ese proyecto y ese voto legislativo consultan también la voluntad del país, desde que es católica la mayoría de sus habitantes; y es tanto más legítimo cuanto que, al satisfacer las aspiraciones de esa mayoría, que puede exigir esa satisfacción amparada en la ley fundamental, no implica ni supone una opresión, ni moral ni religiosa, á los demás ciudadanos.

Por esa razón no han podido justificarse, sino como pretexto sectario, las alarmas y manifestaciones hechas en contra de una ley tan legítima como constitucional.

Consulta igualmente el prestigio de la Iglesia nacional y el decoro de la República, como quiera que la erección del Arzobispado metropolitano es un signo confesado de esplendor y grandeza, así como un evidente adelanto en el órden institucional, desde que se trata de la religión que la ley fundamental ha incorporado al Estado y cuya protección ha ordenado al P. E. bajo juramento solemne.

Y ¿acaso no es este el criterio de todas las naciones civilizadas, que han sabido sobreponerse á ese sectarismo retardatorio, que niega la necesidad social de la religión y su benéfica influencia moral? Países y naciones que ni en Europa ni en América están mas adelantadas que nuestra joven República tienen desde mucho tiempo atrás organizada su Iglesia con la institución de la gerarquía metropolitana. Mas aún: si el Arzobispado uruguayo importa colo-

(1) Abundó en demostraciones sobre la bondad del Proyecto del P. E. el Sr. D. Oscar Hordeñana, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto; pero no creemos necesario insertar sus discursos por haber sido publicados íntegros, y porque serán insertados en la Memoria del Ministerio respectivo.

car á la República al mismo nivel de importancia eclesiástica que las Repúblicas hermanas mas adelantadas, es evidente que, lejos de significar un retroceso, se ha elevado al País á la altura de naciones que marchan á la vanguardia de la civilización.

Así, pues, la creación del Arzobispado metropolitano, juzgado con sereno é imparcial criterio, es un progreso moral reclamado por la creciente importancia de la Iglesia uruguaya; progreso y esplendor que redundan en verdadero prestigio del país ante el concepto de las naciones civilizadas.

Y siendo innegable que interesa al decoro de la República elevar la Iglesia de la Religión del Estado á la altura que posee en los demás países hermanos, sería un pretexto indigno no hacerlo por razones económicas, cuando puede realizarse sin sacrificio notable, como se ha constatado en ambas Cámaras.

En cuanto á justificar la nueva erogación con relación al Seminario, nos bastará aducir, como lo hacía el Sr. Diputado Dr. Hipólito Gallinal, la autoridad del eminente estadista, Dr. Pellegrini, quien se despedía del Parlamento argentino, al terminar su mandato de Presidente de la República, con un mensaje en que están consignadas estas palabras:

«Los resultados obtenidos en los seminarios conciliares no están á la altura de la necesidad que se siente de clero nacional para las provisiones eclesiásticas en la República. Se hace necesario que el tesoro haga mayor esfuerzo, aumentando el número de becas, á fin de que aumente el de aspirantes y puedan los Prelados, de acuerdo con la autoridad civil, confiar los curatos á sacerdotes argentinos, ordenados en nuestros seminarios.

«Es así mismo necesario propender á que ese clero nacional sea ilustrado y pueda llegar á las altas cumbres de los estudios teológicos en cátedras superiores como las que existieron en nuestras universidades, haciendo revivir en un futuro próximo, las tradiciones brillantes del antiguo clero é inspirándose en su severa austeridad y patriotismo.»

Por consiguiente, tanto la nueva organización de la Igle-

sia uruguaya, como el aumento de dotación para el clero nacional, constituyen una exigencia legítima del estado avanzado de progreso y civilización de la República.

Pero ante tan fausto acontecimiento para la Iglesia uruguaya, justo y digno es que demos gracias al Señor y á su divina Providencia, que preside los destinos y la grandeza de las naciones.

Mas, al mismo tiempo, creeríamos cometer la mayor de las injusticias si, en nuestra calidad de Prelado y en representación de los católicos del país, no hiciéramos pública manifestación de agradecimiento y aplauso al Poder Ejecutivo y á la H. Asamblea, que procuraron el establecimiento de la gerarquía metropolitana en la Iglesia nacional. Y cúmplenos declarar con franca gratitud que, así como fué un timbre de gloria y buena administración para el Gobierno del General Mitre en la República hermana, la creación del Arzobispado argentino, no lo será menos para el Gobierno del Sr. Idiarte Borda la plausible iniciativa que le ha cabido para colocar la Iglesia nacional al nivel de los países más cultos y adelantados.

Así que, como muy bien decía el señor Diputado Dr. Gallinal en su notable discurso: «Cuando sobre nuestra época, sobre nosotros y sobre nuestras disensiones corran los años, espero que se apreciará como un paso muy avanzado el proyecto que se vá á sancionar. Creo mas, y declaro que soy intérprete, al decirlo, del sentimiento y de las convicciones de la causa católica, creo que será este uno de los títulos mas saneados del actual Gobierno á la consideración pública y de los elementos conservadores del país.»

Y en verdad: creemos que esa sanción debe considerarse como una conquista institucional; puesto que no se trata de la victoria, ni del triunfo de un partido, sino de un progreso moral para la República.

Es notorio, en efecto, que varios Senadores y Diputados que votaron en favor de la creación del Arzobispado metropolitano eran liberales; pues bien: creemos que, han sabido colocar su augusta misión de legisladores por encima del sectarismo decadente de la escuela volteriana, abandonando retrógradas odiosidades y detestables intransigencias.

cias, incompatibles con la cultura y los bien entendidos intereses públicos.

Desde luego, la profesión de fé liberal del señor Diputado Herrero y Espinosa confirma ampliamente nuestra opinión. El declaró que era de los liberales que creen que el liberalismo debe proponerse por lema el viejo aforismo: «por nuestras libertades y por las vuestras», muy razonable, y al mismo tiempo, muy distinto del que se propone el jacobinismo intransigente: «por nuestras libertades y para vuestra opresión». Declaró que es liberal en el concepto amplio de la libertad, que reconoce igual derecho á las adversarios, mostrándose también respetuoso para con la Iglesia, que reconoce ser una fuerza moral, que tiene su propio porvenir, y cree que la religión es necesaria para la sociedad y un elemento indispensable para el gobierno de los pueblos. Y es digno de notarse que, en la exposición de estas ideas, mereció el mas caluroso aplauso de todos sus colegas liberales, que votaron con él en favor de la organización gerárquica de la Iglesia nacional, hasta ponerse de pié para aplaudirlo, demostrando con esta actitud que era intérprete de su criterio amplio y conciliador, no sectario ni intransigente. Esto es un gran adelanto en nuestro país.

Mas para que se vea cómo estaba en lo cierto, citaremos párrafos muy notables de la defensa que un diputado radical hacía de un proyecto análogo al nuestro, la creación de cuatro Diócesis en una República hermana. La transcripción será algo extensa, pero merece la pena, porque constituye la mejor apología del proyecto en sentido liberal, y la mas severa lección de liberalismo á los que, invocando esta bandera, se constituyen en adeptos intransigentes de la incredulidad para atacar á la Iglesia nacional.

«Creo sinceramente, decía, que fuera del sectarismo y la antipatía contra la iglesia católica, no hay motivo serio para oponerse á este proyecto. . . Se manifiesta un horror santo por las luchas religiosas, se anhela la paz pública y doméstica, se rechaza toda persecución contra el clero, y á la primera de cambio se enciende la mecha de las discordias teocráticas.

Y como dice el proverbio: «el que quiere ahogar á su

perro le acusa de hidrofobia», los que quieren ahogar este proyecto le acusan de una cantidad de delitos imaginarios: que vá á aumentar la intervención clerical, á desequilibrar los presupuestos y á convulsionar al país de una manera estupenda.

Yo digo y sostengo que, oponerse á este proyecto por simples rencillas de camarín, por simples querellas entre mujer y marido, no es hacer obra de hombre público, sinó obra de sectario.

Natural es manifestar nuestras antipatías, cuando ellas no perjudican al interés público; nosotros estamos aquí para legislar en provecho del interés público y no para consultar únicamente las tendencias de nuestras pasiones y antipatías.

No crear las nuevas Diócesis por malevolencia á la religión, es un profundo error político, que pudieron cometer Ferry en Francia y Bismarck en Alemania, en un momento de obsecación, ya saben mis honorables colegas con que extraño resultado para sus respectivos países.

El odio y la persecución contra la Iglesia establecida se volvió más tarde contra el mismo que lo había fomentado, y jamás se vió venganza política, no de los hombres, de los sucesos, más violenta que la que amargó los últimos años del jefe del oportunismo francés, de ese hombre que apesar de todo, había prestado á su patria grandes servicios en otro campo de actividad. Igual é intensamente detestado por conservadores y radicales, por liberales y socialistas, puede decirse que, *al perseguir á la Iglesia con la exajeración que mis honorables colegas conocen, Ferry echó los fundamentos de la ruina de su propia carrera á la vez que los fundamentos de la enorme influencia política que mas tarde debía adquirir el Papado.*

Más feliz que él, Bismarck tuvo tiempo de arrepentirse y, como un gran emperador de su patria en los tiempos medios, hubo de recorrer á pié y moralmente descalzo, el camino de Canossa.

Todos esos errores, lejos de causar perjuicio duradero á la institución que por medio de ellos se ataca, contribuyen á acrecentar su influjo, no ya ese prestigio que todo pa-

triotas anhela para las instituciones de su país, sean cuales fueren, sinó la influencia efectiva y decisiva en el gobierno de las naciones.»

Apelando después al ejemplo de otras naciones, recuerda á la Francia actual dominada por el jacobinismo, añadiendo: «Y ese jacobinismo francés costea, mantiene y da lustre á ciento y tantas diócesis episcopales y arzobispales, á una por cada doscientos cincuenta mil habitantes, y ese hecho no lastima absolutamente, á juicio de los radicales de allá, el sentimiento liberal del país.

Y los radicales de acá deben imaginarse según sus novísimas teorías, que la República de los Estados Unidos es un país de beatas, por cuanto en él viven de la vida prestigiosa é independiente ochenta y dos sedes episcopales, para una población católica de poco más de once millones de almas.

No votar unánimemente este proyecto es un error político, un acto de manifiesta é injustificable hostilidad hácia la Iglesia, más aún, hácia todos los cultos.

Voy ahora á dar la razón de mi adhesión al proyecto en debate. No me he preocupado si él beneficiará á tal grupo de individuos, ó si molestará á tal otro grupo, si él es agradable á determinadas personas ó desagradable á otras. Hé contemplado simplemente el interés público.

Gracias á Dios, aunque de ideas muy avanzadas, y genuinamente liberales, no soy ni cleróforo ni iconoclasta....

Yo apoyo este proyecto porque él realiza una aspiración de la gran mayoría de mis conciudadanos y porque es una medida de buena administración, encaminada á organizar convenientemente el servicio eclesiástico del país...

Aquí habría terminado, señor presidente, mis observaciones; pero ya que se ha pretendido atribuir otro carácter al proyecto, carácter político y filosófico, ya que se ha sostenido *el incalificable absurdo de que la creación de cuatro nuevas Diócesis es contraria á las doctrinas liberales*, diré que semejante medida no sólo no es contraria á las doctrinas liberales, que siempre he profesado, y que profesaron y profesan liberales ilustres como Guizot, Julio

Simón, Gladstone y tantos otros, sinó que ella es consecuencia lógica y necesaria de semejantes doctrinas.

Del propio modo sería imperdonable jactancia en boca de un liberal sensato, un llamamiento á las armas para combatir la religión y la clerecía después que libres pensadores y grandes inteligencias como Hume, Adam Smith, Littré, Julio Simón y tantos otros que han predicado con elocuencia é incontrovertible lógica la necesidad de mantener la cordialidad y el mútuo apoyo entre el Estado Civil y la Iglesia Católica.»

Creemos que esta lección de liberalismo á los adversarios del proyecto, no necesita comentarios.

### III

Pero la última reflexión del diputado liberal que acabamos de citar, así como la actitud de la mayoría de la H. Asamblea y también del gran número de personalidades del liberalismo de nuestro país respecto á la organización gerárquica de la Iglesia nacional, nos llevan á consideraciones de un orden superior, y hasta nos persuaden de que también en nuestra patria se comienza á rendir homenaje á esa enseña pacificadora de los tiempos presentes, al *espíritu nuevo*, que es la esperanza del porvenir en la época de transición porque atraviesan las naciones civilizadas, fomentando la tan deseada conciliación entre la sociedad moderna y la Iglesia.

Así, pues, como apología de esa actitud ilustrada y progresista, queremos ocuparnos con alguna detención del *espíritu nuevo*, aurora de renacimiento conciliador dirigido por los dos grupos de contemporáneos que representan á los verdaderos hijos de su siglo, empeñados en darle la dirección más sensata y eficaz para la salvación y glorificación de la sociedad moderna, cuya condición suprema consiste en acabar con los odios sectarios y con el apego incondicional á formas y tradiciones que deben desaparecer ante las exigencias racionales del verdadero progreso y civilización de los pueblos.

Empecemos por dar una idea de esos dos grupos entre-

sacados de los dos campos opuestos en la reacción contemporánea.

En efecto: en el mundo moderno existen dos campos: los creyentes y los no-creyentes; y en cada campo la misma fé ó la misma ausencia de fé se manifiesta con tendencias bastante opuestas, formando como dos legiones distintas, destinadas á colaborar eficazmente en el porvenir.

Así pues, entre los creyentes existen quienes, encerrándose en el pasado, detrás de las viejas murallas, no alcanzan á concebir la Iglesia bajo otra forma que la antigua, pareciendo no tener el sentido de esta gran verdad: que la Iglesia es un organismo vivo, y que sin cambio en sus dogmas, en su estructura íntima, en su fondo divino, ha debido y deberá siempre adaptarse á las necesidades del momento y á la contingencia de las cosas, esto es, acomodarse al medio ambiente para cumplir su misión divina. Estos espíritus en las épocas de transición, como la nuestra, se desconcertan fácilmente y hasta se escandalizan; rehusan á todo lo nuevo el derecho de la existencia; pretenden, anatematizando lo que nace, galvanizar las formas destinadas á perecer; y con la desesperación en el alma, claman que esto es el fin del mundo, como si tan poco valiera la redención del Cristo y la misión de la Iglesia universal.

Pero existen, también; entre los mismos creyentes, quienes no se perturban por el desorden y confusión momentáneos, resultado inevitable de las grandes transformaciones.

Animados por la suprema convicción de que Dios lo dirige todo con su divina Providencia, y seguros de conservar el depósito sagrado de las verdades indispensables para la vida de los individuos y de los pueblos, procuran comunicarlas al nuevo orden de cosas que se levanta, dedicándose á escoger lo que une y no lo que divide, á soldar el presente con el pasado para conciliarlos, á inocular en esta sociedad en fermentación, que pasará, el germen de la antigua y eternal vida, y á poner en equilibrio la nueva arca echándole por lastre la sabiduría y experiencia del pasado, pues de otro modo no se concibe el progreso en la inmutabilidad de los principios. Y estos tales son en verdad, los clarividentes; son los que poseen la buena volun-

tad activa; son los que tienen dentro de sí la esperanza y ante ellos el porvenir.

Paralelamente, entre los no-creyentes, existen los irreductibles, que quieren una ruptura absoluta con las antiguas creencias con un ardor de fanáticos. Son de los que creen que la religión no es necesaria para el individuo ni para la sociedad. Son espíritus retardatarios, salidos del decadente volterianismo, con su ódio rabioso á la Iglesia, que apellidan clericalismo, con el fin de hacer impresión en las turbas. Estos jacobinos del liberalismo jamás tendrán la capacidad intelectual para llegar al fondo del problema social y moral, y para aperebirse de que, sin la virtud que proviene del cristianismo, nuestra sociedad, al decir de Mr. Taine, retrograda hácia los bajos fondos. De estos tales nada hay que esperar; abandonémoslos á su sentido réprobo, en el cual encuentran su propia ruina y condenación.

Pero también existen entre los no-creyentes quienes ven y sienten que este mundo moderno carece de la potencia moral necesaria para vivir con sus solas fuerzas; intuitivamente se vuelven al pasado para ver si, en él existe algo aprovechable; para ver si rejuvenecidas y despojadas de sus formas accidentales las antiguas instituciones, que antes sostenían el edificio social y las almas, tienen algo bueno que deba aceptarse. Han examinado la ciencia y han visto que no ha suprimido el misterio, ni dicho la última palabra, ni satisfecho todas las exigencias del espíritu humano; han examinado todos los *credos* modernos, los principios y los códigos nuevos y se han convencido de que todo en ellos era discutible, imperfecto, de limitada sabiduría; y que sería una esperanza quimérica formar con ellos una nueva era para la humanidad, ni impedir la descomposición social. (1) Y en este desaliento de los espíritus, en esta bancarota de las doctrinas, muchos con el es-

(1) Así se expresa, por ejemplo, Mr. Anatolio Leroy-Baulieu en *El Papado, el Socialismo y la Democracia*: «Nos vemos arrastrados en todas las cosas á la misma conclusión: nada hay verdaderamente eficaz, nada sólido y durable para nuestras sociedades democráticas fuera del Evangelio, fuera del espíritu cristiano y de la fraternidad cristiana», esto es, fuera del cristianismo, cuya mas alta expresión, al decir del filósofo Cousin, es el catolicismo.

píritu angustiado van á buscar en otra parte, en el antiguo cristianismo, algo de luz y de fuerza moral.

Pues bien: es entre los sostenedores de la fé tradicional ante el pensamiento moderno y los sostenedores del pensamiento moderno en busca de una creencia, que se realizará la unión y se firmará el tratado de paz de los espíritus. En cuanto á los demás, á aquellos de los creyentes que nada quieren olvidar aunque sea accidental, y á aquellos de los no-creyentes que nada quieren respetar, aunque esencial, esos pasarán: el porvenir se constituirá sin ellos y á pesar de ellos.

¿Será esto una ilusión? No; pues gracias á Dios, podemos decir con Mr. de Vogüé que «comienza á sentirse el ruido de alas del Espíritu nuevo», aquende y allende los mares. Vamos pues, á hacer á este respecto algunas indicaciones sumarias.

El movimiento impreso por el *espíritu nuevo* se ha realizado por grados: ha comenzado desde luego por los publicistas que han sabido sustraerse á la influencia naturalista y positivista para ocuparse con interés de los fenómenos internos del alma y de los destinos del hombre. Luego se vé más enérgicamente acentuado entre los que se ocupan de religión con cierta simpatía, bastante respetuosa de un dogma, al que aún no se adhieren, y son admiradores declarados de una moral, cuyos fundamentos desconocen, pero que no dejan de proclamar como la mas hermosa y la mas consoladora de todas. Otros van más lejos, y no titubean en afirmar la necesidad absoluta del espíritu cristiano, reprobando enérgicamente todo lo que pretende aminorar su benéfica influencia y acción en los individuos y en las sociedades.

Por fin, los últimos reconocen que esta moral trascendental y esta religión necesaria, no pueden conservarse ni distribuirse eficazmente á los pueblos sin la Iglesia católica, que ha sido su instrumento providencial al través de los siglos y de las revoluciones sociales.

Pero detallemos mas claramente esa evolución hácia los ideales cristianos, que podríamos denominar la nostalgia del Evangelio. Descontentos y desorientados por no encontrar en la ciencia ninguna respuesta satisfactoria á las eter-

nas cuestiones sobre nuestros destinos, cuestiones que recobran el supremo interés que la ciencia positivista pretendió destruir, los espíritus investigadores de la nueva generación se han preguntado al fin si la religión no podría darles respuestas mas verosímiles y mas consoladoras. Los primeros escritores que han tomado este camino casi olvidado, se han sorprendido al ver que la juventud instruida y sana se ha apresurado á seguirlos con entusiasmo. Víctimas de una educación en que el papel de la religión está suprimido ó es casi nulo ¿cómo extrañar que sea tan grande el número de jóvenes que no tienen la menor idea de lo que es el cristianismo y de la gran misión de la Iglesia? Y ¡qué sorpresa no ha sido para los estudiosos encontrarlo en libros escritos por publicistas de este siglo, descendientes de la revolución, y esto en el momento en que se apercebían de la futilidad de los sistemas humanos!

Oigase, por ejemplo, cómo se expresa Mr. Rod en su obra «El sentido de la vida» al ocuparse de los grandes problemas del espíritu humano: «La fé, en efecto, responde á todas nuestras necesidades, lo explica todo; ella nos dá la razón de nuestra existencia, el valor de soportar nuestras desgracias, porque nos prepara una suerte mejor, y el gusto de la vida, puesto que nos aboca con la inmortalidad. Fundada en el dogma, ha desterrado la duda y no deja lugar alguno á la desesperación.»

Hé aquí libres pensadores respetuosos, que han abandonado la terminología volteriana, que ya no encuentra aceptación sinó en las regiones inferiores y en la pluma de ciertos periodistas y escritores furiosos, retardados de un siglo en cuestiones religiosas. Y se puede afirmar: sin pecar de sutileza, y no hablando sinó de las personas instruidas, que el libre pensamiento ha cedido su puesto al pensamiento libre y que éste no procede como aquel; pues mientras el primero desprecia el cristianismo, por resábios volterianos, y pretende destruirlo á fuerza de insultos y befas, el segundo vé en él hermosas y consoladoras explicaciones de los problemas que más interesan á la humanidad.

Así que la religión, no solo ha dejado de ser el blanco de diatribas y desdenes para los escritores de talento, sino que

para muchos, se ha convertido en objeto de un estudio respetuoso y benévolo; y aunque en su admiración no hayan llegado algunos al valor de una profesión de fé teológica, confiesan que la moral cristiana es incomparable, y que sobrepuja á todos los demás sistemas.

Mas aún; no solo reconocen al cristianismo como un beneficio para los espíritus, sinó que se complacen en reconocer en el Evangelio un inmenso beneficio para la sociedad y «el principio que salvará al mundo moderno», al decir de Mr. Berenger en su estudio sobre *Las ideas modernas*. «Sin el sentimiento religioso, añade en resúmen, la ciencia y la democracia no serían mas que groseros embustes; sin él, la ciencia no iluminaría los espíritus sinó secando los corazones, y olvidaría que, por encima de las leyes de la selección y de la concurrencia vital, existe para los seres que piensan, la ley de la justicia y del amor, la ley de lo divino. Es el único, por otra parte, que daría á la democracia una dirección moral, el espíritu de simpatía y de sacrificio, ese amor de la humanidad que es necesario para acercar las clases, defender los intereses y reducir la excesiva pretención del dinero. Y bien, *el sentimiento religioso está todo entero en el Evangelio*».

Estas ideas expuestas por Mr. Berenger, que son comunes á todos los escritores de la evolución denominada del *espíritu nuevo*, son las que al mismo tiempo les inspira una repulsión instintiva contra los sectarios del liberalismo, que se esfuerzan por arrebatár al pueblo el consuelo de sus creencias, á pretexto de propagar una religión y una moral independientes sin valor y sin sanción eficaces.

Así que el acercamiento simpático del pensamiento libre hácia la Iglesia progresa cada día, y no son pocos los que creen como nosotros que la Iglesia continuará su misión augusta de conservar y propagar la moral evangélica, reconocida como necesaria para la salvación de la sociedad moderna.

Al frente de todos, debe colocarse á Mr. de Vogüé, que es el más ilustre representante de esa evolución moderna; y aunque cree en la existencia de desinteligencias reales

entre la Iglesia y las aspiraciones del tiempo presente, no duda que ellas están llamadas á desaparecer.

Así en los *Espectáculos contemporáneos* expone estas sensatas reflexiones: «Y ¿porqué la Iglesia habia de perder la dirección moral de las sociedades modernas? Lo que hay de esencial en su evolución presente no es acaso hacerse cosmopolitas y democráticas? Ahora bien: ¿qué hace la Iglesia ante estas nuevas direcciones de los pueblos? Dejaría de ser lo que es si permaneciese extraña á las mismas. Para probar que es eterna, sus apologistas elogian de preferencia su inmutabilidad; pero nos convencerian mejor de ello haciendo valer su potencia de transformación. Fija en su doctrina, adapta con admirable sagacidad su gobierno y su acción humana á todas las necesidades de los tiempos, siendo la suprema bienhechora de la civilización. La Iglesia es *católica* y al extender sus conquistas sobre la tierra, no hace mas que fortificarse, sin que se debilite como nosotros.

Por consiguiente *¿no es evidente que nuestro siglo trabaja en su favor cuando unifica el mundo, como trabajara en otro tiempo la Roma imperial?*

La Iglesia es también democrática por esencia; para ella patrocinar la causa de los muchedumbres y convertirse en tutora y abogada de los intereses populares, será remontarse á sus épocas heróicas, á los ejemplos y lecciones de su Maestro; es aplicar su código, el Evangelio.»

Y tan es este el pensamiento definitivo de M. de Vogüé; que sus admiradores mas declarados se ven obligados á convenir en ello, aunque sea para algunos el caso de reconocer que esta afirmación es contraria á sus convicciones personales: «Según él, dice M. Berenger, la Iglesia transformada y adaptada á las exigencias del nuevo mundo que se levanta, es la *única* capaz de dar una dirección eficaz á la democracia contemporánea.» Y en verdad, Mr. de Vogüé cree manifiestamente en el acuerdo inevitable de la ciencia con la fé y de la sociedad con la Iglesia, como más adelante lo evidenciarémos transcribiendo un precioso documento de ese ilustre publicista.

Tal boga vá tomando esta evolución, que autores me-

nos cristianos que él, pero no menos sinceros, no esperan la salvación, sino de la Iglesia, por más que aún no estén bien convencidos de su autoridad divina; siendo el caso de declarar que también entre nosotros existen varias personas ilustradas que piensan del mismo modo, y que son liberales, aunque reñidos con el jacobinismo intransigente. No podían dejar de ver en la historia que la Iglesia es la más grande y benéfica potencia moral del mundo.

Para confirmar la corriente de evolución de que venimos ocupándonos, oiganse estas declaraciones que, al terminar su obra, hace el autor de «El sentido de la vida.» Dice, en efecto, que es en la Iglesia en la que saluda el mejor intérprete del sentimiento religioso y el más firme sosten del alma azotada por los vientos de las doctrinas contrarias. A su rededor todo cambia y desaparece: *sólo la Iglesia permanece en pié*, inmutable; sostenida por la voluntad de los hombres ó de Dios, no importa; pero triunfando al fin de todos sus enemigos, extendiendo sin cesar los confines de su reino y absorbiendo tarde ó temprano, en su vasto seno, aún á sus más intrépidos adversarios. Ella ha vencido los cismas, las heregías, la incredulidad; ha vencido hasta los gérmenes pútridos que la descomponían: los imperios se han abatido ante ella; ha sometido á los mismos pueblos que la injuriaban; ella desafía la ciencia, cuyos relativos van á estallarse contra su absoluto. Ella es el centro de un torbellino, inmóvil mientras que á su rededor se agitan los átomos; y basta entrar un instante en su círculo de acción para librarse del ciclón que arrebatara, rompe y destruye.»

Ni parezca extraño que enumerémos también entre los que favorecen la evolución conciliadora hácia la Iglesia, el gran número de escritores que aceptan el cristianismo secularizado ó filosófico; como quiera que, salidos de la escuela revolucionaria y volteriana, es grande el paso que dan, el triunfo sobre sus preocupaciones y la evolución que representan; pues ya es mucho que los descendientes del volterianismo declaren que la moral del Evangelio es la mejor de todas, la única eficaz, y la que, por tanto, debe sostenerse y propagarse.

Es evidente, en verdad, su inconsecuencia al negar el magisterio tradicional de la Iglesia y al separar esa misma moral del dogma; pero no se puede exigir un triunfo tan completo y repentino sobre el espíritu de incredulidad; aunque sea dado esperar que, ellos ó la generación que les siga, den un paso más hácia la consecuencia lógica de la premisa que admiten, imitando el ejemplo de M. Guizot, quien negaba que pudiese conservarse el sentimiento religioso sin la creencia dogmática. «El hombre, dice, piensa al mismo tiempo que siente; quiere conocer y creer al mismo tiempo que amar; no le basta que su alma se conmueva y se eleve; tiene necesidad de que ella se fije y repose en convicciones que estén en armonía con sus emociones. Los hombres no se pagan de aspiraciones estériles y de hermosas dudas.... por eso el sentimiento religioso no será jamás la religión suficiente del género humano.»

Y en la misma obra «Meditaciones sobre la esencia de la religión cristiana», añade muy sensatamente: «Que los hombres serios que admiran la religión cristiana rechazando al mismo tiempo su valor y carácter dogmático, tengan presente que las flores cuyo perfume les encanta se desvanecerán muy pronto, y que los frutos que encuentran tan excelentes dejarán muy presto de producirse, cuando se hayan cortado las raíces del árbol.» Así, pues, los que ya alcanzan á admirar la moral cristiana y admiten su necesidad, no están lejos de llegar á comprender que esta no puede subsistir sin el dogma: es cuestión de tiempo y de consecuencia; pero mientras tanto, no por eso han dejado de contribuir á la evolución.

Por lo demás creemos que fácilmente se desvanecerá también la última dificultad de los admiradores del cristianismo que aún se resisten á admitirlo integralmente. Los dogmas, dicen, son incompatibles con el amor del progreso científico. Si la revelación existe, si Dios ha comunicado realmente al hombre las verdades esenciales, la ciencia es inútil, no sería más que una vana diversión.

Pero, ¿cuántas veces no se ha respondido, por una parte, que el hecho de admitir ciertas verdades definitivas, como principios de razón ó adquisiciones de la experiencia, es

mas bien una condición necesaria de las ciencias que un obstáculo para sus progresos; y, por otra parte, que las verdades reveladas, muy reducidas en número, siendo del orden metafísico y moral, dejan un campo inmenso á las investigaciones científicas? Son preocupaciones que se desvanecerán ante la consideración del gran número de sabios que no encuentran la incompatibilidad de la ciencia con las creencias dogmáticas.

Esperemos, pues, que esa corriente simpática é intelectual hácia el cristianismo seguirá en constante progreso; y, después de más serios y mejores estudios sobre la religión, los destinos del hombre y la sociedad, verán desaparecer lo que les queda de prejuicios contra la Iglesia. Y, sobre todo; cuando tan hermoso movimiento de conciliación entre la Iglesia y la sociedad moderna tiene la garantía de las luminosas enseñanzas del esclarecido Pontífice reinante, de quien ha dicho un notable escritor liberal:

«Si el neo-cristianismo en Francia, tan celebrado por M. de Vogüé, surge levantando el alma de la juventud; si el volterianismo ha llegado á los límites del ridículo; si las enseñanzas de la revolución sufren hoy modificaciones y cambios, que serán sin duda decisivos, se debe al criterio y á la dirección que en estos últimos tiempos han presidido los asuntos católicos; se debe al hombre que hoy dirige la barca de Pedro, á Leon XIII, que es lo mas augusto que posee la humanidad contemporánea.»

Y bien: esta dirección y orientación dada á la Iglesia por el sábio piloto del Cristo no se desviará, y es la destinada á conducir la Iglesia y la sociedad moderna al más brillante porvenir. León XIII lega al próximo siglo, en las postrimerias del presente, una democracia regenerada por el cristianismo.

#### IV

Acabamos de demostrar que la organización gerárquica de Iglesia nacional, al redundar en prestigio y decoro de la República, como acto administrativo, se encuadra también en el movimiento de evolución conciliadora entre la Iglesia

y la sociedad moderna, dirigido por los más ilustres pensadores contemporáneos; tócanos ahora considerar esa ley bajo el aspecto de la influencia religiosa en sus relaciones con la sociedad y la civilización.

Ella representa desde luego la sabiduría de este apotegma político de Platón. «En toda República bien ordenada el primer cuidado debe ser organizar en ella la verdadera religión;» que indica cuánto interesa al Estado, para el logro de sus fines políticos y sociales, proteger la influencia religiosa. Así quedarán evidenciadas la rectitud y acierto del Gobierno de la República al acordar su protección á la Religión del Estado, como se lo impone sabiamente la Constitución, pues contribuye á hacer más eficaz su benéfica acción moral.

En efecto: á medida que el principio religioso deja de influir eficazmente en las almas y en los corazones, el criterio moral se deprime, y el nivel moral descende en los individuos y en las sociedades.

No culpemos de ello á la ignorancia. Hoy somos mas ilustrados que ayer, y ayer éramos mas morales que hoy, como observan los estadistas y criminalistas notables. No son los analfabetos, los rudos, ni los menos instruidos, ni los hombres de las mas bajas capas sociales los que hace ya tiempo vienen dando escándalos cada dia mayores y perpetrando crímenes mas atroces y horrorosos.

No esperemos el remedio de la difusión de las luces solamente. Las solas luces excitan y refinan el vicio, amaestran y perfeccionan al criminal. El libro pornográfico y la hoja periódica se encargan de corromper los corazones, de despertar, enardecer y atizar las pasiones todas y de cortar todo freno. El teatro se encarga de exhibir en toda su desnudez y con todo el colorido y atractivo de la acción viva todos los vicios y todos los crímenes. La novela, el folletín y el diario se encargan de aleccionar y adiestrar al aprendiz de criminal y de perfeccionar más aún al avezado delincuente. La química y la mecánica son los mejores auxiliares del crimen, y el arsenal que le brinda cada día más y más terribles armas. La ciencia moderna y sus maestros se encargan de alentar al criminal, enseñándole que no hay

tales sanciones de ultratumba, y se encargan también de absolverlo de toda responsabilidad y culpa, enseñándole que es tan sólo un pobre enfermo que no obra con libertad, sino por una necesidad fatal, hija de un defecto ó perturbación de su organismo físico!...

No esperemos el remedio de platónicas y deleznales lecciones de una probidad convencional y filosófica. El huracán de una pasión violenta las arrastra como hojas secas, las disipa como tenue niebla.

No esperemos el remedio de una moral utilitaria y positivista. Nada encuentra mas útil que el goce el corazón corrompido, nada encuentra mas útil y positivo el corazón que arde en deseos de venganza, que la sanguinaria satisfacción de su odio y de su rabia. La pasión y el vicio no entienden de *altruismo*.

No esperemos el remedio del solo honor, telaraña que rompe y arrolla el torrente de una pasión desbocada. Esa sanción se burla ocultando el vicio; perpetrando el crimen en secreto. Esa sanción se enerva ó se anula, á medida que el hombre pierde el sentimiento del rubor á fuerza de encenagarse y embrutecerse en el vicio. Tal sanción desaparece en absoluto en el seno de una sociedad que, lejos de tener severos estigmas y la pena del ostracismo para el vicio, se familiariza con él, lo mira con indulgencia, le dispensa las mismas honras que á la virtud en la vida privada y pública, y hasta le abre de par en par la puerta de los hogares y de los corazones.

No esperemos, finalmente, el remedio ni de la severidad de las leyes, ni del rigor de los jueces, ni del temor á la cárcel y al cadalso. No lo esperemos, porque el vicio y los mas de los delitos se sustraen á la acción de la ley, del juez, de la prisión y del cadalso. No lo esperemos, porque la justicia humana es falible, trunca y coja; ni ve todos los vicios y delitos, ni acierta á castigarlos todos, ni lo puede. Son eludibles sus sanciones.

Sólo una hay ineludible; sólo una ve todo vicio y todo delito por densas que sean las tinieblas en que se escondan y remoto y secreto el sitio adonde huyan; sólo una jamás puede ser engañada y castiga inexorable todo el mal que

ve, sólo una amenaza con penas capaces de refrenar todo ímpetu perverso; solo una es bastante poderosa para curar el corazón más dañado y sanar á una sociedad de sus más hondas, inveteradas y peligrosas llagas; la sanción religiosa, la divina, y la eterna.

Así pues, si merecerían la calificación de criminales los que se empeñasen en sofocar y extinguir en el corazón de la juventud y en el corazón del pueblo la fé religiosa y el sentimiento religioso, son dignos del mayor aplauso los que se esfuerzan en fomentar el prestigio é influencia de esa fé religiosa, base inmovible de la moralidad de los individuos y de las naciones, por confesión unánime de todos los grandes estadistas, no cegados por el espíritu de incredulidad.

Más, en apoyo de estas ideas vamos á servirnos casi exclusivamente, á título de imparcialidad en nuestras afirmaciones, de la autoridad de hombres eminentes, aún del campo liberal, quienes reconocen la insuficiencia de la moral y costumbres públicas sin la base de la religión, pues no queremos repetir lo que hemos dicho en nuestra Pastoral sobre el Cristianismo.

Y ante todo, empezamos por transcribir á este respecto un párrafo muy sensato del informe de la Comisión de la H. Cámara de Representantes sobre la organización de la Iglesia Nacional, al hablar de la influencia religiosa: «¿Conviene que la religión del Estado se organice sobre bases mas en armonía con sus fines?»

Vuestra Comisión así lo cree, porque nuestra sociedad, como todas las sociedades del mundo, necesita de una religión, como un elemento social para difundir las doctrinas morales que forman la base de la familia y que son, mas adelante, el fundamento de la sociedad civil. Los pueblos ateos ni existen ni se comprenden.

Vuestra Comisión no puede ni debe entrar á discutir si para llenar los fines de la propaganda religiosa son mas convenientes las religiones libres ó las religiones protegidas por el Estado.

Ese punto está resuelto por el artículo 5.º de nuestra

Constitución, y es sobre esa base, que tenemos que apreciar este proyecto.

Tampoco vuestra Comisión cree deber detenerse en apreciaciones estadísticas sobre el número de habitantes que en la República profesan la religión católica. Sin embargo es conveniente mencionar un hecho que robustece la sanción de este proyecto.

En el censo de Montevideo, mandado levantar por la Junta Económico-Administrativa de la Capital el año 1889, se presenta una población de 216,061 habitantes, de los cuales 176,468, es decir, cerca de la totalidad, han declarado pertenecer á la religión católica. Así es que, considerando este proyecto por las ideas predominantes en el radio mas civilizado del país, no puede encontrar resistencias ni ser antipático, como se ha dicho, á una parte tan importante de la opinión pública.

Pero hay una razón fundamental que ha tenido en cuenta vuestra Comisión de Legislación, para aceptar la nueva organización que en el proyecto que informamos se dá á la Iglesia Nacional. Es el estado social en que se encuentra nuestra campaña.

Gran parte de nuestros habitantes de campaña, alejados de los centros de población, aislados muchas veces de todos esos elementos de sociabilidad é instrucción que educan el espíritu y atemperan las pasiones, llevan una vida casi primitiva.

La verdadera noción del deber, que dignifica al hombre, la moralidad de las costumbres, que enaltece la familia y que crea esos vínculos de solidaridad indispensables á toda sociedad bien organizada, todas esas prendas morales y civilizadoras no constituyen la norma uniforme de conducta de nuestros habitantes de campaña.

Aparte de la observación personal que hace resaltar este hecho, es la estadística la que con la elocuencia de sus números lo somete al criterio de nuestros hombres de Estado; esa estadística nos demuestra que la quinta parte de los nacimientos de la República es ilegítima.

Y este hecho no es un hecho estacionario: es un hecho progresivo. En 1890, la natalidad legítima fué de 19.12 %

de los nacidos; en 1893 de 22.09 %, en 1894 de 23.02 y en 1895 el 25 %.

En algunos Departamentos, los nacimientos de hijos ilegítimos supera en más de la mitad á la cantidad de los nacidos legítimamente, de lo que resulta que la familia no está allí organizada como lo prescribe la ley civil y la religión.

Ahora bien, ¿puede el Estado permanecer impasible ante esa progresiva disolución de costumbres que afecta el funcionamiento de sus instituciones, incubando para el porvenir querellas y disturbios en perjuicio de las relaciones civiles? ¿Acaso es suficiente la propaganda de los funcionarios laicos para contener esa desmoralización que avanza año por año? Es indudable que no.

Esa es la misión de la propaganda religiosa, que en todos los pueblos y en todas las edades ha inculcado el precepto de su doctrina en la educación moral de sus habitantes.

Por eso los Estados-Unidos, cuando avanzaba su civilización á sus desiertos, los primeros edificios que construía eran una escuela y una iglesia.

Nosotros tenemos una religión de Estado, y si esa religión es un elemento social incorporado á nuestras instituciones fundamentales, hay que propender á que esa religión se realice de manera que pueda llenar su verdadero cometido.

La nueva organización establecida en el proyecto, descentraliza la unidad del Obispado de Montevideo, repartiendo su acción central en tres jurisdicciones distintas que con autoridad propia harán mas eficaces la propaganda moral, las misiones y la vigilancia del clero en nuestra campaña. Y si esa acción es bienhechora; si, como lo hemos demostrado, no hay ni remotos peligros de que las ideas religiosas se inclinen á servir intereses de otro orden; si el estado actual de nuestra campaña requiere una acción moral que contribuya á propagar el verdadero régimen de la familia, propendiendo al mismo tiempo á la organización de nuestro estado civil; si todo esto es cierto, y si la religión del Estado

es la Católica, la solución de este proyecto no depende sino de una simple cuestión de presupuesto.»

Ahora bien: de esta franca exposición se deduce que la bondad del proyecto bajo el aspecto constitucional, religioso y moral es tan evidente, que quedaba reducido á una simple cuestión económica, la de presupuesto; y, en este caso, era imposible toda discusión, fuera del sectarismo y del ódio á la Iglesia.

Es innegable la sensatez de las reflexiones que preceden; mas, á fin de que los que se oponían á que el Gobierno, reconociendo esa misma verdad, procurase dar á la Iglesia nacional una verdadera influencia en el interior de la República, se convenzan que luchaban contra convicciones arraigadas en todos los pueblos civilizados y en la conciencia de sus grandes hombres, continuaremos nuestras citas en este orden de ideas; pues en esta parte queremos hacer alarde de mayor imparcialidad, si cabe, cediendo por completo la palabra á autores eminentes; y así evitaremos también que se diga de nosotros: *Cicero pro domo sua*.

Uno de los más notables escritores americanos, el Dr. Zubiría, en su obra «El principio religioso», nos dá á sacar de compromiso, con los hermosos párrafos siguientes:

«Sin desconocer la influencia de las leyes y de la opinión en las acciones de los hombres, no se puede alegar á aquellos agentes subalternos como causa de moralidad de estos. Podrán influir en la de muchos individuos de la sociedad, como influye la primera educación, el carácter individual y posición pública que cada uno ocupe; pero la moral y virtudes de esos individuos, de la sociedad, no pueden partir sino de los principios religiosos incrustados en el alma y en el corazón de la mayoría de los individuos que constituyen la sociedad, cuya moralidad y costumbres parten de la observancia de las leyes constitutivas de la sociedad doméstica y privada.

¿Y quien duda, fuera de algunos ultra-incrédulos, que el primer elemento de esta es el principio religioso? Desde que esto es así, nadie podrá negar que el mismo principio religioso es el primer elemento de la sociedad pública, la

que no es sino el desenvolvimiento y dilatación de la sociedad privada, que es su tipo.

—Ni puede ser de otro modo, puesto que el principio religioso es el único que regla las voluntades precursoras de las acciones, cuya principal ley no está en los códigos civiles, que imperan sobre ellas, sino en la ley divina que regla la voluntad de que ellas parten.

Sobre esta verdad forzoso es ver en el individuo dos seres ó sustancias que se armonizan para constituirlo en hombre exterior y en hombre interior. Si bajo el primer aspecto necesita de un poder exterior que regle sus acciones exteriores por la esperanza del premio ó por el temor á las penas de la ley; bajo el segundo aspecto necesita de un poder interior que regle su voluntad y sentimientos hácia Dios y sus semejantes por la esperanza y temor de otra clase de premios y castigos.

¿Y cuál otro poder, que el de la religión, será el que impere sobre ese hombre interior por medio de sus leyes y Ministros, y por el resorte de los premios y castigos con que la religión estimula al bien y reprime el mal?

De su poder interior emanan algunos preceptos que encierran todas las leyes de la moral y de la sociedad. El solo precepto de amarse unos á otros, base de toda moral religiosa y social, no solo establece el orden en las familias sino también en los pueblos que tienen entre sí las mismas relaciones y obligaciones que los individuos.

Paz y unión es la base de todo orden social, político y doméstico. Y ¿de dónde proceden estos sino del amor recíproco, de la tolerancia recíproca, de la obediencia y respeto á la autoridad y á la ley, prescritos por el principio religioso?

Y no se diga que proceden de la fuerza, porque la fuerza nunca da paz y unión, sino sujeción forzada, tiranía en el que manda, esclavitud en el que obedece.

Tampoco de la ley civil ó penal, porque ella no alcanza al corazón ni á las voluntades, sino es introducida en esos santuarios por la mano de la ley divina, única señora de esos tabernáculos, á donde no alcanza ningún poder humano. »

Y en verdad, ningún estadista sensato puede poner en duda la eficacia de la sanción moral que hace de las costumbres el sostén de las leyes y llega hasta dónde estas no pueden llegar. Cuando las trabas morales y religiosas faltan, es necesario reemplazarlas; y esos millones de voluntades que constituyen las sociedades, no hallándose suficientemente contenidos por la ley religiosa, requieren la fuerza para ser gobernados, el ominoso y férreo yugo de la fuerza bruta; de donde proviene también la creciente y excesiva centralización que pesa sobre las sociedades modernas y las ahoga.

Y, en verdad, esto es lo que en grande escala se contempla de tres siglos á esta parte: á medida que la religión ha descendido en su influencia social, se vé crecer la presión administrativa.

En comprobación de esta gran verdad vamos á recordar el admirable discurso de Donoso Cortés acerca de los *dos frenos* con que puede gobernarse la sociedad.

Comienza mostrando que, en este mundo, no hay mas que dos represiones posibles; una interior y otra exterior: la represión religiosa y la represión política. Explica su ley, á saber: que cuando el termómetro de la represión religiosa descende, se vé que luego al punto el termómetro de la represión política sube, y viceversa; y abriendo la historia, continúa ese paralelismo al través de los siglos. Después de haber descrito la antigüedad, en dónde solo había tiranos y esclavos; porque hallándose á cero el termómetro religioso, debía haber subido hasta la tiranía el termómetro político; después de haber estudiado los pueblos cristianos, en dónde por el contrario, á medida que asciende el termómetro religioso, véense florecer todas las libertades, brotadas de los versículos del Evangelio, al decir de Lamartine; llegando á los tiempos modernos, hace ver cómo, habiendo bajado siempre de tres siglos acá el termómetro religioso, no se dejó de ver que subía el termómetro político.

«Primero, dice, los tronos son los que de feudales pasan á ser absolutos. Llegan luego los ejércitos permanentes, es decir, un millon de brazos para defender la sociedad. Y como el termómetro religioso continuaba bajando, dije-

ron los gobiernos: contamos con un millon de brazos, pero eso no basta; necesitamos un millon de ojos para vigilar la sociedad, y crearon la policía. Y ni aún eso bastó. Quisieron tener un millon de oídos y los tuvieron mediante la centralización administrativa, por medio de la cual los más leves movimientos del pueblo vienen á terminarse en el gobierno.

«Y como el termómetro religioso continuaba bajando, era pues necesario que el termómetro político subiese más. Dijeron los gobiernos: no nos basta disponer de un millon de brazos para reprimir, de un millon de ojos para vigilar, de un millon de oídos para escuchar; es preciso hallarnos en todas partes á la vez. Y tuvieron esa facilidad. Se inventó el telégrafo.»

Tal es, en efecto, el estado de Europa, y del mundo. La mitad del género humano está en pié y sobre las armas para no ser devorada por la otra; porque cuando el hombre no obedece por conciencia, tiene que ser dominado por la fuerza, el último recurso de la ley y del derecho.

«Y ahora, decía el orador terminando, una de dos: ó viene la reacción religiosa, ó no viene. Si tenemos reacción religiosa, vereis en seguida, á medida que suba el termómetro religioso, como baja natural y espontáneamente el termómetro político, sin esfuerzo alguno, ni por parte de los pueblos ni de los gobiernos, ni de los hombres, hasta que señale la temperatura moderada de la libertad de los pueblos. Pero si al contrario, y esto es grave, el termómetro religioso continúa bajando, no sé en qué habremos de parar. No lo sé, y tiemblo al pensar en ello. Si apenas se necesitaba del gobierno cuando la represión religiosa se hallaba en su apogeo, ahora que esta ya no existe ¿basta para la represión ningún género de gobierno? Están abiertos los caminos á una tiranía gigantesca y colosal...» ó á una colosal anarquía, que debe precederla, y que ya asoma en los horizontes de la sociedad desquiciada y aterrada.

Hé aquí como hablaba Donoso Cortés al tratar de la influencia religiosa en el gobierno de la sociedad, y tenía sobrada razón. Por eso dan lástima esos políticos cortos de vista que lanzan la religión de las leyes, de las ins-

tituciones y de las almas y sueñan con que verán reverdecir la libertad. No; jamás; si todavía disminuye el imperio de la religión, que gobierna las conciencias y engendra las virtudes, la sociedad caerá en espantosa tiranía, sea unipersonal ó anárquica. Pues como no puede vivir sino de virtud, de trabajo, de orden, de abnegación, de economía, de sacrificios, sería necesario que la *fuerza* llegase hasta la conciencia para obligar al alma á ser virtuosa; hasta la familia para sostener allí las costumbres; hasta la propiedad para imponer allí el ahorro y la caridad. Para impedir que la sociedad perezca, la ley llegaría á ejercer presión sobre el hombre hasta en el seno de su madre.

Así pues, ó el freno de la religión ó el de la fuerza: no hay medio; aunque entre la fuerza moral y la fuerza bruta, la diferencia de dignidad y de eficacia es inmensa en el gobierno de las naciones.

## VI

Muy de acuerdo con estas ideas sobre la benéfica influencia religiosa se expresaba también un distinguido publicista compatriota nuestro, el Sr. A. de Vedia, en estos elocuentes párrafos:

«El sentimiento religioso es el alma de los pueblos. Solo por él pueden desarrollarse y fortalecerse los principios eternos grabados en la conciencia de todo hombre; él constituye la ley moral que rige sus acciones y cuya observancia ó violación, elevará su alma haciéndola amar la virtud y el bien, ó lo llevará á la degradación moral, con todos los horrores del vicio.

«Estirpado el sentimiento religioso, la familia ya no sería esa unión santificada, ejemplo vivo del deber; sus lazos se habrían debilitado; su santidad se habría destruido y la afección dulce y tranquila se habría tornado en un sentimiento grosero: la satisfacción de brutales apetitos.

«Mantener vivo ese sentimiento es, pues, esencial á la conservación de todo vínculo social.»

Y hasta tal punto se cree benéfica y necesaria la influencia religiosa, que el ilustre autor del «Espíritu de las le-

yes» la afirma aún prescindiendo de la verdad de la religión que profesa un pueblo; así es que Montesquieu dice: «Tan necesaria es la religión para la moral y las costumbres de los pueblos que, aún cuando ella sea falsa, es el mejor garante que los hombres pueden tener de la probidad propia y de la de los demás.»

Y creemos que, aun bajo este aspecto, es grande el beneficio social de la influencia religiosa.

Indudablemente no existe estadista notable que no reconozca este gran elemento para el gobierno de las naciones; pero como, con ocasión de discutir la ley de que nos ocupamos, se hizo alarde de menosprecio hácia la Iglesia, declarándola enemiga de la sociedad moderna, del progreso y de la civilización, queremos transcribir una página inmortal de un orador eminente, para anular esos prejuicios, haciendo ver de paso cuán inmensa y trascendental es la eficacia de la religión católica en el destino de las sociedades y de los pueblos, no solo bajo el aspecto moral, sino bajo el de la civilización moderna, que todo lo debe al catolicismo. Hé aquí esa página, que es de Emilio Castelar, y que es una lección clásica para los detractores de la Iglesia:

«Diez y nueve siglos han transcurrido desde que la verdad divina fué escrita con sangre en la primer página de la historia moderna, y en esos diez y nueve siglos han pasado por el espacio innumerables razas, por la conciencia infinitas ideas, han caído imperios antiquísimos y se han levantado nuevos pueblos: han sufrido las sociedades transformaciones sin número, y aquella verdad, desde ignominioso patíbulo permanece fija, inmutable en el centro de la civilización como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu. . . . .»

«El cristianismo representa una renovación de la vida entera de la humanidad. Para la familia es el momento en que concluye la tiranía del padre, en que recobra su dignidad perdida la mujer para convertirse en la sacerdotisa del hogar doméstico, en que cede su puesto la familia antigua, hija de la ley, á la nueva familia, hija del espíritu, consagrada por el amor, que confunde en uno los corazones. Para la ciencia representa la muerte del Dios-Naturaleza, que había aplastado la frente del hombre bajo las ruedas

de su carro, la revelación del Dios-Espíritu; y el conocimiento del hombre como no lo había soñado Platón, como no lo había tenido Sócrates; el hombre armonía viva del espíritu y de la naturaleza, interprete del pensamiento divino, voz que levanta al cielo el eco de las oraciones de todos los seres.

Para la poesía, es el nacimiento de aquel amor purísimo, no tocado por el lodo de la tierra; amor tan casto como el pensamiento, esencia inmortal de nuestra alma; amor que no cabe en el tiempo ni en el espacio, y que se dilata en la eternidad como el ensueño místico de Petrarca, como el culto espiritual del Dante á su Beatrice. Para todas las artes el cristianismo señala el nacimiento de un ideal divino, que el artista no podrá encerrar en las formas; ideal que hará rebosar la inspiración en la mente del poeta que inundará de una luz vivísima las tablas y los lienzos, que levantará en las alturas, tan eterea como una oración, la calada cúpula de las catedrales góticas. El espíritu humano engrandecido, renovado por esta gran revelación que llegará hasta la raíz de su vida, se transfigurará para realizar bajo un nuevo ideal las eternas leyes de la historia.

Pero sobre todo en la esfera social, el cristianismo representa y realizó la transformación mas maravillosa del hombre. El antiguo Edipo, ciego, maldecido de los hombres, culpado é inocente, juguete de los dioses, romperá este yugo de hierro levantándose á pronunciar su libertad y á reconocer en sí fuerza bastante para contrarrestar la ciega fatalidad del destino. Las diferencias sociales se borrarán al pié de los altares; los Reyes hundirán en el polvo la frente y se declararán iguales ante Dios con sus vasallos, hiriendo así en su raíz los antiguos bárbaros privilegios. El hombre dejará de ser enemigo del hombre, sentirá que cada uno lleva en sí á la humanidad, y que la humanidad nos lleva á todos, y bajo esta sublime idea, entrará en el hogar de su enemigo para llamarle hermano. La ley moral servirá de base á la política; los pueblos sabrán que no es lícito cometer un crimen, ni aún en nombre de la salvación de la sociedad, que podrá salvarse siempre por la libertad y por la justicia. La humanidad, próxima siempre antes á desfallecer, recordan-

do su pecado contra Dios, redimida ya por la sangre derramada en el Calvario, oirá aquella voz dulcísima que le dice que sea perfecta, como nuestro Padre celestial es perfecto, y sentirá y conocerá el dogma del progreso, que, como un filtro de nueva vida, rehará sus fuerzas para combatir y le dará esperanza para triunfar y creer en la realización de su ideal. Todos los hombres, todas las clases, el labrador que imprime en la tierra el pensamiento del hombre, pidiéndole en cambio el néctar de su vida; el industrial que doma la naturaleza y la hace una fuerza humana; el pensador que busca en la ciencia el enigma del espíritu; el poeta que presta alas á la humanidad para volar con mas raudo vuelo hácia su divino ideal; todos los hombres, sí, trabajarán para realizar el reino universal de Dios, prometido en el Evangelio á los individuos y á las naciones.

Todos los que creéis y amais, recordad que la fé es una idea, es la vida de la inteligencia, y el amor á una causa justa y santa, la vida del corazón. La doctrina de Jesús, además de su carácter divino, venció por haber descendido á buscar la vida en el pueblo, por haber elevado los espíritus hasta el martirio.»

Aquí nos detenemos porque sería demasiado larga la cita; pero al menos queremos observar que esa renovación inmensa de la vida de la humanidad, que esa obra colosal no la realizó Jesucristo de inmediato, sino por medio de su Iglesia, que recibió esa misión incomparable y sublime.

Ni se objete que hoy día la Iglesia está en decadencia; pues podemos comprobar no solo que esa ha sido la obra de la Iglesia católica, sino también que conserva aún su benéfica influencia; para ello citaremos la autoridad de M. Gladden, protestante y director de la *Revue historique*, quien acaba de publicar un extenso artículo sobre el Papado:

«Una singularidad, dice, de la época actual, es ver á esa institución cuya existencia parecía hace pocos años una especie de anacronismo, gozar en todo de un nuevo vigor de vida y de popularidad, y añadir entusiasmos de juventud y de esperanza á la aureola de antigüedad y á los recuerdos gloriosos de que los siglos la han coronado.

En medio de la turbación arrojada en las conciencias y en

los intereses por el creciente poder de las clases obreras y de sus aspiraciones apasionadas hácia un estado social mas feliz y mas justo, se pregunta el mundo si el Papado no es la única autoridad capaz de servir de árbitro entre el capital y el trabajo, y de facilitar la solución de los problemas sociales, dando á los que poséen el sentimiento de sus deberes y desarmando la codicia de los que no poséen.

Frente á la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procáz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que halla formidables auxiliares en los progresos de la demagogia y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos á «ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres, y hasta las más sencillas ideas de probidad y de honor.»

Contemplando á la Iglesia católica, no se puede menos de experimentar un sentimiento de veneración hácia la institución más notable por su influencia y más importante por su duración que el mundo ha visto.

Frente á ella, los más poderosos imperios son una débil figura, porque ella ha sido, en todos los siglos, un semillero de sacrificios, de santidad y de civilización.»

A testimonio emanado de tal pluma, nada tenemos que añadir, sino simplemente ofrecerlo á los oradores que han pretendido denigrar al Pontificado y á la Iglesia con algunas palabras muy impropias del recinto sagrado de las leyes.

Por fin, queremos terminar esta lista de apologistas involuntarios de la Iglesia con el eminente publicista Thiers, quien declaraba en una ocasión solemne: «Si yo tuviera en mis manos el beneficio de la fé lo esparciría sobre la sociedad. Está tan próxima á hundirse, que no encuentro salvación para ella sino en la Iglesia.» Y añadía. «A esta religión es menester protegerla. Ni es bastante el protegerla, sino que es necesario hacerla florecer. ¿Le hacen falta ministros? pues si son demasiado pobres los que se quieran dedicar á la vida sacerdotal, para adquirir la instrucción, debemos proveer los

recursos suficientes, debemos elevar su educación lo más posible, debemos dar al culto cuanto sea necesario: nada debemos rehusarle de lo que la munificencia del país le debe: es necesario, señores, *enseñar esa religión á la juventud y hacerla florecer.*»

Por consiguiente, ante semejante misión moralizadora y civilizadora de la Iglesia ¿cómo no comprender que, lejos de temer su influencia, debe aceptarse como el auxiliar más poderoso para la dignificación del progreso y civilización de los pueblos? ¿Cómo no comprender que dejar de prestigiarla, invocando los intereses de la sociedad y de la libertad, es un prejuicio pasado de moda entre los publicistas más ilustres? Por tanto, proteger á la Iglesia y hacerla florecer, redundará en beneficio inmenso para la sociedad y para el Estado.

## V

Pero se ha dicho que por esta influencia mayor que se dá á la Iglesia nacional peligran las instituciones pátrias, como llegó á afirmarse por los adversarios del proyecto de la organización de la Iglesia uruguaya. Por nuestra parte hubiésemos despreciado tan gratuita afirmación; más como sabemos la influencia que tienen los prejuicios en esa materia y cómo con ellos se explota la opinión del vulgo, no la dejaremos sin respuesta; pero creemos honrar este *memorandum* cediendo la palabra al Sr. Senador Dr. Carlos A. Berro, transcribiendo pasajes notables de un hermoso discurso dirigido á la Unión Católica.

«Bien sabeis, señores, que al hablar de nuestra organización definitiva, al referirnos á las luchas del porvenir y á nuestras grandes esperanzas de mejores días, no podemos referirnos á siniestros planes de hostilidad, de rencor ó de persecución hácia ninguna persona ni hácia ningún derecho.

Desconocen y calumnian al catolicismo quienes, por ignorancia ó por maldad, le atribuyen tales planes.

El catolicismo, la doctrina regeneradora enseñada por el Dios-Hombre no representó jamás una amenaza para nin-

gún derecho legítimo, para ninguna libertad digna de llamarse tal, para ningún progreso verdadero. El catolicismo, que nació sobre el Gólgota, al pié de la Cruz en que extendía sus brazos el Redentor, pidiendo misericordia para el hombre, sólo redención ha significado sobre la tierra, redención para el alma y para la ciencia, redención para la mujer, redención para el esclavo, redención también para los pueblos que gemían bajo aquel degradante despotismo pagano.»

Duspues de estas consideraciones generales, descende el orador á hacer su aplicación á nuestro país, apelando á la historia patria.

«Y si consideramos esas acusaciones y temores con relación especial á nuestro país, será forzoso convenir en que no hay nada mas destituido de fundamento serio, nada mas contrario á nuestra historia y á nuestras tradiciones que la pretención de exhibir á los elementos católicos como enemigos de las instituciones que nos rigen y de los principios democrático-republicanos que forman la base de nuestra organización política. La manifestación de tales aprensiones provocaría á risa, por lo desatinada, sinó envolviera al mismo tiempo una grave injuria y no entrañara un propósito malevolente.

Como lo sabeis y lo habreis visto repetido en mas de un dia-rio, en los clubs y en las logias, los voceros del liberalismo proclaman á voz en cuello que las instituciones nacionales están en peligro, en gravísimo peligro porque la iglesia uruguayana se constituye de un modo difinitivo y porque los católicos se cuentan y se agrupan en toda la República.

¡Los católicos enemigos de las instituciones y de las libertades nacionales! No puede darse mayor necedad ni repetirse mayor heregía histórica!

En efecto, ¿quiénes hicieron la carta fundamental que sirve de base á todo nuestro organismo político y en la cuál está escrito que la Religión Católica es la religión del Estado?

¿No eran acaso católicos y católicos de muy buena cepa, la casi unanimidad de todos los ciudadanos que formaron aquella nuestra memorable Asamblea Constituyente?

Y antes que eso, ¿no eran católicos y católicos muy sinceros, aquellos nueve patricios que allá, en la Florida, el 25 de Agosto de 1825, en presencia de los ejércitos enemigos, en medio de los peligros de una guerra cruel y encarnizada, proclamaban la independendencia de este pedazo de tierra americana, con el corazón sereno y la invocación de Dios en los labios? ¿Eran acaso ateos ó libre-pensadores los que luchaban, morían ó vencían en los campos del Rincón ó Sarandí?

¿Acaso Artigas, Lavalleja, Oribe ó Rivera, los próceres todos de nuestros primeros y gloriosos días, hicieron jamás profesión de incredulidad ó necesitaron renegar de la fé de sus mayores para sentir en sus corazones el amor de la patria, para luchar por ella y por los grandes ideales de la revolución americana?

Bien lo sabeis, señores, la fé y la piedad religiosa que formaban el alma de nuestro pueblo en los comienzos del siglo, lejos de haber creado hombres preparados sólo para la servidumbre, habían esparcido por todas partes la simiente de que brotan los héroes que se inmolan en la defensa de la patria y los próceres de recto juicio, de profundo anhelo por el bien, de conducta immaculada que iban á las asambleas ó á los más altos puestos públicos á dar el ejemplo de sus virtudes cívicas».

Creemos que no podía vindicarse más victoriosamente la influencia del catolicismo en los destinos de la patria uruguayana; pero es conveniente oír al orador en sus ulteriores consideraciones.

«Este país, esta sociedad, las instituciones fundamentales que aún tenemos han sido obra de católicos; se han formado y han nacido en los brazos de la religión católica.

Se alza ahora el grito al cielo en contra de los Prelados, de la Iglesia y del clero oriental; pero, ¿qué ha representado la Iglesia en nuestro país, qué su virtuosísimo clero, sino caridad, abnegación y patriotismo!

Abrid las páginas de nuestra historia, y, desde el primer día en que la civilización aparece en las verdes cuchillas de la tierra del charrúa y del minuano; desde el primer día en que la mano de la civilización detiene el paso del salvaje

errante en nuestros campos, la cruz aparece ante sus ojos como signo de redención moral y por primera vez llegan entonces á sus oídos palabras de vida que iluminan su mente. Trae ese emblema, pronuncia esas palabras, ese héroe ignorado y admirable del cristianismo, ese ser prodigioso que se llama el misionero católico, á quien no arrastran ni sed de oro, ni ambición de gloria, ni esperanza alguna de humana recompensa; á quien sólo mueve la fé, solo el deseo del bien, sólo el sublime anhelo de terminar sobre la tierra la obra de aquellos pescadores de Galilea, á quienes se confió la más grandiosa misión que se haya dado sobre la tierra.

El misionero, el sacerdote católico fué quien realizó la obra de conversión del salvaje; fué quien después se convirtió en protector y defensor del indígena; fué quien tuvo mas tarde en las escuelas y en las universidades la dirección exclusiva de la enseñanza; quien en la Iglesia y en el seno mismo de los hogares ejerció una influencia poderosa y decisiva; fué, en una palabra, quien formó el corazón, el alma de aquel pueblo que tantos ejemplos habia de dar mas tarde de la nobleza de sus sentimientos y de la inquebrantante energía de su espíritu.

Llega después la hora de la emancipación y, sólo ignorándose en absoluto nuestra historia, podría desconocerse la participación que tuvo en esa obra el escasísimo, pero meritorio clero nativo, y no sólo aquí, sino en la América entera, desde Méjico al Plata.

Vino más tarde la tarea de nuestra organización nacional, la sanción de esta misma carta fundamental que aún conservamos, y sabeis perfectamente que en aquella memorable asamblea de católicos, como fueran de ella, por la influencia que ejercían, tomaron participación no escasa, dignos representantes de nuestro clero, como Larrañaga, Barreiro y Gadea.

Constituida al fin la República, el clero oriental ha estado siempre á la altura de su misión; su obra ha sido siempre de concordia, de cultura, de afanoso empeño por el progreso moral é intelectual de la nación. Es esto tan verdadero, que es difícil, aún entre nuestros más fanáticos

INSTITUTO TEOLOGICO

enemigos, hallar quien se permita poner en duda la sinceridad y la virtud de nuestros sacerdotes.

El clero uruguayo ha llenado su misión predicando la verdad, defendiendo la fé, practicando la caridad, respetando las instituciones del país, y sin que nadie haya podido señalar jamás un avance de su parte contra ellas.

¿Por qué habían tampoco de conspirar contra esas instituciones? ¿Hay acaso en nuestra Constitución cosa alguna que pueda chocar con los dogmas de la Iglesia?

No, no la hay, y esto lo saben bien los voceros del liberalismo, que, aparentando defender la obra de nuestros mayores, la obra de aquellos sinceros católicos, lo único de que tratan en realidad es de mantener, no las instituciones fundamentales, que nadie ataca, no las tradiciones nacionales que solo nosotros los católicos seguimos y respetamos, sino los avances del sectarismo impío que pretende gobernar esta sociedad desde el fondo oscuro de sus logias.

No es posible, en efecto, negar la verdad de estas hermosas declaraciones respecto á las maquinaciones del sectarismo incrédulo, comparado con la influencia social del catolicismo. Y después continúa:

«Ninguna libertad, ningún derecho está en peligro. Si los católicos se reúnen y se organizan en todo el país, no es por cierto para trastornar el orden constituido ni para pedir la derogación de ajenos derechos.

No queremos opresión, sinó libertad; no queremos atraso, sino progreso; no pedimos innovaciones, sinó conservar el tesoro de nuestra fé y de nuestras gloriosas tradiciones, de aquellas que heredamos de nuestros padres, de aquellas en las que se hermanaba la fé y el amor á la libertad y á la patria...»

Y después de hacer notar que la alarma del jacobinismo liberal no es porque vea en peligro la República ni los derechos y libertades de los ciudadanos, sinó porque temen que pierda terreno el sectarismo y la incredulidad, termina recordando que los propósitos de los católicos y de la Unión católica, es la realización de su programa fundamental: «la felicidad y el engrandecimiento de la patria dentro de los sublimes ideales de la sociedad cristiana»; pro-

INSTITUTO TEOLOGICO  
DEL

pósitos que, si bien pueden alarmar al jacobinismo volteriano, hemos visto en cambio que son también los votos de los mas ilustres publicistas que, aunque militan en el campo liberal, no encuentran salvación para la sociedad moderna sino en la Iglesia, única fuerza moral capaz de dirigir la democracia contemporánea; y como quiera que, al decir del señor Raumer, «la vida de los pueblos requiere una educación fundada, no sobre teorías, sino sobre realidades inmutables, sobre los principios del cristianismo, verdadero sosten de las familias y del Estado.» Así hablaba, siendo Ministro de Instrucción de Austria-Hungria.

Y no se vaya á creer que luchamos por los intereses de la Iglesia, que es eterna y no puede morir, sino por los intereses de la patria; pues estamos convencidos de lo que M. Disraeli decía: «Tengo por cierto que la irreligión producirá un desastre nacional mas funesto para el Estado que para la Iglesia.»

Por fin, debemos observar que si no honramos también este *memorandum* con el discurso pronunciado por el Sr. Diputado Dr. Hipólito Gallinal, que fué en esta cuestión tan decisivo como elevado, por declaración unánime de la Cámara, nos abstenemos de hacerlo para evitar prodigalidad y también porque ha sido publicado integro, mereciendo el aplauso unánime de amigos y adversarios; pero no podemos dejar de declarar que se lo agradecemos en nombre de la santa causa, que tan dignamente defendiera.

---

## Segunda Parte

Para justificar mas ampliamente la afirmación que hemos hecho de la creciente evolución de un *espíritu nuevo* hácia el cristianismo, dirigida, como hemos visto, por ilustres publicistas del libre-pensamiento, vamos á añadir algunas indicaciones sobre el criterio imparcial con que se juzga á la Revolución francesa en el mismo campo del libre pensamiento. Y tanto mas, cuanto que, en el asunto de la creación del Arzobispado metropolitano, sus impugnadores, dentro y fuera de la Asamblea nacional han declarado que, como partidarios de la Revolución Francesa y admiradores de sus principios, debían ser contrarios á la Iglesia católica.

Y, en efecto, han impugnado la organización gerárquica de la Iglesia nacional inspirándose en su ódio á la Iglesia católica, propio de la impiedad que caracterizó á aquella Revolución.

Y que este ha sido el criterio de los adversarios del Proyecto, lo declaraba el señor diputado Herrero y Espinosa «El criterio de la mayoría de los señores diputados que han impugnado este asunto (El Arzobispado metropolitano) tiene este error fundamental: creer que es posible gobernar con los principios de la filosofía política mas adelantada.... El principio religioso es un principio de gobierno; lo ha sido, es y será mientras la humanidad exista. Desgraciadas las sociedades el dia en que una religión de formas positivas quede absolutamente desalojada de la vida pública y quiera sustituirse.... por fórmulas frias, vacias, que no están al alcance del común de las gentes.» Pues bien, este error fundamental del criterio de la mayoría de los que han impugnado el Proyecto, fué el error de la Revolución francesa; y así como lo impugna el doctor Herrero y Espinosa, que está en lo cierto, estadistas y publicistas del libre pensamiento declaran que, en la evolución de la sociedad moderna, debe despojarse á la Revolución de su

carácter impio y anti-religioso, demostrando que ese carácter de incredulidad la perdió y la hizo impotente contra la Iglesia; mas aún; que, á pesar de sus ataques, la Iglesia ha triunfado con esplendor y afirmado sus conquistas.

Y desde luego es intolerable é inexplicable que nosotros los hijos de América olvidemos que la revolución americana, anterior á la francesa, puede y debe servir de modelo á todas las democracias y gobiernos representativos del mundo por sus instituciones de libertad política y civil, en cuanto no ha manchado las páginas de su historia, como la revolución francesa, con el ejemplo de la mas frenética crueldad, de la mas ignominiosa tiranía y de la impiedad mas sanguinaria; sin que le aprovechara el noviciado de hermosos ejemplos que Laffayette y sus compañeros habían hecho al lado de Washington y demás prohombres de la revolución americana, profundamente cristiana.

Hoy día, pasados los primeros años de efervescencia demagógica y de propaganda intransigente, no es digno para los que se apellidan liberales, ponerse del lado de Robespierre, de Danton y Marat, de los girondinos y jacobinos; sinó mas bien de Guizot, Odilón-Barrot, Tocqueville, Laboulaye, Thiers, Julio Simón, Royer-Collard y demás personajes de la evolución sensata en la misma Francia.

Y en verdad, que ya no es plausible defender, después que ha hecho la luz sobre la Revolución francesa una crítica elevada, «esa locura furiosa», al decir de Tocqueville; «ese escándalo de la razón humana», como la apellida La Harpe; «esa República, que no ha sido mas que unadestable tiranía», según Laboulaye; «esa política opresora á tal punto que, de todas las tiranías, ella sola ha conservado en la historia el nombre que conviene á las tiranías y se ha llamado *el Terror*», como observa Julio Simón; «esa revolución que, verificada por un *déspota*, habría dejado tal vez menos mal dispuesta á la Francia para *llegar á ser algún día* una nación *libre*», como advierte el citado Tocqueville. Y por fin, el libre pensador Royer-Collard dá la razón del fracaso cruel y despótico de ese acontecimiento, declarando que: «la Revolución francesa ha sido impía hasta el fanatismo,

hasta la crueldad; y *este crimen*, sobre todo, es lo que *la ha perdido*.»

Invocar por tanto, la adhesión á la revolución francesa para atacar á la Iglesia católica en nuestra República, es inspirarse en el fanatismo impío que constituyó el crimen de aquella revolución y la hizo fracasar.

Y no puede afirmarse con verdad que las grandes reformas y libertades políticas y civiles que constituyen la gloria del gobierno representativo y de la democracia moderna son fruto de la revolución francesa, pues son resultado del cristianismo en su evolución al través de los siglos; del cristianismo, cuya manifestación constituye la sociedad moderna; mientras la revolución francesa fué un incidente desgraciado, engendro del espíritu de incredulidad.

Nó; esas grandes conquistas no le pertenecen por que son hijas del cristianismo, como lo demuestra el hecho de que años antes las había proclamado la revolución americana, y el de estar ya consignadas en las Actas de los Estados Generales del 5 de Mayo de 1789; mientras el 2 de Noviembre del mismo 1789, fué la data de la explosión de la demagogia impía y tiránica que produjo la República, la Convención y el Terror y constituye el hecho más nefasto de la historia.

Y para que no se crea que juzgamos con criterio parcial, harémos una breve demostración basada en autores notables del libre pensamiento.

Así, basándonos en la autoridad de Edgar-Quinet, debemos distinguir dos 89: el que era resultado de la *evolución* cristiana, cuyos principios y reformas quedaron consignados en las Actas de los Estados Generales, y el 89 convertido en *revolución*, inspirada en las absurdas teorías del Contrato Social de Rousseau y en las impiedades del volterianismo, explosión horrible del espíritu de incredulidad y de la más cruel demagogia.

«Cuando vuelvo á leer, dice Edgar-Quinet, las *Actas*, de los Estados Generales del 89... desearía que se hiciese una nueva colección de esos votos. Si alguna vez se suscitara una *regeneración verdadera*, sería preciso principiar por

esos monumentos, que debieran constituir el *manual* de todo amigo de la libertad.»

Y ¿por qué hace esta afirmación Edgar-Quinet? Para demostrar que todas las conquistas y grandes principios del régimen de libertad política y civil, no tenían necesidad, para ser implantadas, ni de la República, ni de la Convención, ni de la sanción de la guillotina, esto es, de la Revolución francesa.

«Todas las libertades políticas, continúa diciendo, gobierno constitucional, leyes hechas por la nación, la nación sola votando el impuesto, descentralización y libertades municipales; todas las libertades civiles; la igualdad de todos ante la ley, la unidad de la legislación, la libertad de defensa, la publicidad en los tribunales, la mitigación en las penas, la admisión de todos á los empleos públicos, la libertad religiosa: *no hay uno sólo de los nuevos principios* que no se halle, casi en los mismos términos, establecido allí...»

Pero más explícito es el historiador de la civilización moderna, Mr. Guizot: «Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios de la Revolución francesa es cristiano y ha sido proclamado por el cristianismo; y este condena y rechaza expresamente todo lo que tienen de falso y de funesto. Y no solamente en esta terrible confusión (la revolución moderna) el cristianismo proclama el bien y condena el mal en principio, sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca también en la lucha.»

Así pues no es de extrañar que la crítica sensata reprobue la Revolución francesa como un engendro monstruoso del Contrato social de Rousseau, que es el *código de todas las tiranías*, en oposición al Evangelio, *código de todas las libertades santas y legítimas*, al decir de un ilustre pensador. Mas aún: en la Revolución francesa no puede defenderse siquiera la tan ponderada *Convención*. Oiganse sinó las palabras del eminente publicista Laboulaye: «La historia es la salvaguardia de las nuevas generaciones; condenando el crimen y la violencia en el

pasado, anatematizando los verdugos que no existen, es como el historiador asegura el triunfo de la justicia y de la libertad. Así la Convención *no merece* que se la *escuse*; su filosofía, para hablar con J. Simon, no fué nunca más que una *palabra* y una *trampa*. Esa Asamblea fué *despótica, injusta, sanguinaria*; ella abrumó á la Francia bajo la peor forma de tiranía, la tiranía impuesta por los muchedumbres, aceptada por el miedo... Si queremos desprender de la libertad los horrores que en su nombre se han cometido, debemos *condenar* la Convención con una justicia inflexible; toda flaqueza á este respecto *da armas contra nosotros*.»

Por honor, pues, de la civilización y de las libres instituciones no es dable defender esa locura furiosa é impía y menos podrá ser modelo ni garantía de las instituciones y conquistas de la sociedad moderna, como quiera que, con suma erudición y sensatez filosófica, ha demostrado Tocqueville ese crítico colosal de las instituciones democráticas, que el *despotismo es el único que puede vivir sin religión; pero que sin la fé religiosa no podrá jamás existir la libertad*;» como lo demostró la misma revolución francesa.

Por consiguiente, al atacar á la Iglesia católica en nombre de las instituciones políticas y civiles se pretende defender é imitar lo que en la famosa revolución francesa constituye su gran crimen y lo que la perdió para la libertad y la democracia; mientras que si se declara que, al aceptarla, solo se pretenden defender los principios y las instituciones democráticas, entonces debe recordarse que lo que tienen de verdadero y de bueno es cristiano, y ha sido proclamado por el cristianismo sin necesidad de las crueldades é impiedad de la revolución francesa.

Más, como el liberalismo sectario pretende que es necesario imitar á la Revolución en su espíritu anti-religioso y en su odio á la Iglesia, vamos á demostrar cómo este carácter antireligioso la ha perdido, haciéndola impotente contra el orden cristiano.

## II

«Mientras la obra política de la revolución de día en día se arraiga más, dice Tocqueville, su obra antireligiosa, por el contrario, se derrumba con mayor estruendo; y vemos á la Iglesia resucitar de nuevo en los corazones y arraigarse firmemente en ellos.»

Y en verdad: la revolución moderna, inspirada en la filosofía incrédula del siglo XVIII, tenía que ser esencialmente antireligiosa y las pasiones anticristianas son las primeras que en ella se han removido y las que se desencadenaron con más violencia, tiranía y crueldad. Empero, así como será muy difícil levantar las instituciones que ha arruinado ó derribado en el orden político, é inútil intentar destruir las mudanzas por ella traídas á la vida social, en cambio nada de lo que ha querido innovar en el orden religioso puede durar, y su esterilidad é impotencia en el terreno propio de las creencias religiosas constituye uno de los rasgos que más la caracterizan.

Es, en efecto, circunstancia que llena de asombro, ver al terrible huracán condenado á impotencia precisamente en las regiones en que con mas furor se desata. Entre los grandes fenómenos sociales que se han producido en las revueltas modernas, pocos hechos hay tan dignos como este del estudio y meditación del hombre de Estado, pues constituye la más severa lección para los adversarios y perseguidores de la Iglesia Católica. Creemos, sin embargo, que nada se justifica mejor que esta impotencia contra el cristianismo, así como para crear algo nuevo en el orden religioso; siendo esta gran verdad una de las razones mas poderosas que impulsan á los mas notables publicistas á fomentar la evolución del espíritu nuevo, que tiende á remover de la sociedad moderna el odio á la Iglesia, resábido injusto del espíritu antireligioso de la Revolución francesa.

En efecto: aunque en la Revolución moderna se desataron con mas furor que cualquier otro género de pasiones los odios anticristianos, no es propiamente una revolución religiosa; y todo vá mostrando que, á pesar de sus furores, en

el orden religioso ha sido de todo punto estéril y hasta provocado la reacción contraria; porque, como decía la sabiduría antigua, es mas fácil edificar una ciudad en el aire que conservar un Estado sin religión.

Notan desde luego los publicistas de todas las escuelas que, entre las ruinas y trastornos de la tremenda tormenta revolucionaria, la Iglesia, como los demás poderes, perdió, para no volverlos á recobrar, los recuerdos de feudalismo que conservaba en algunas de sus instituciones ó formas temporales; que perdió también los derechos y privilegios del señorío feudal, de que, como propietaria del suelo, disfrutaba durante el antiguo régimen; que perdió igualmente la organización de derechos y atribuciones temporales que le daba la constitución de la vieja sociedad ahora reducida á polvo; pero en todo lo demás, no solo ha salido intacta de este desquiciamiento, sino mas vigorosa, más firmemente arraigada en los corazones, y hasta depurada en su organización de los vicios de que la contagiaron los tiempos de corrupción y las instituciones decrépitas con que tuvo que estar en contacto.

Así que llegado el fin de tantas vicisitudes, resultó que se había regenerado lo que se pretendía destruir. Ya un Prelado católico, dirigiéndose á una asamblea revolucionaria, ha podido anunciar este desenlace de la tragedia moderna, diciendo á los representantes del radicalismo: «Habeis hecho la revolución sin nosotros y contra nosotros; pero el beneficio ha resultado nuestro. Dios lo dispuso así á pesar vuestro y la voluntad de Dios es la que se cumple, contra todos los empeños y conjuraciones de los hombres.» (1).

Ciertamente que no es esto lo que imaginan gran número de contemporáneos; pero sin larga meditación se comprende que, en el orden religioso, no puede tener otro desenlace la crisis de nuestra edad; y desde que ha empezado la tragedia revolucionaria, pocos hechos se han ido descu-

(1) Desde los primeros años del siglo XVIII Leibnitz que habia anunciado esta revolución, vaticinó tambien el desenlace que habia de tener. «Si esta enfermedad moral (la impiedad) va creciendo, decía en 1704, la providencia corregirá á los hombres con la misma revolución que de ello tiene que nacer; porque cualquier cosa que suceda, en general todo al fin se mudará siempre á mejor, aunque esto no deba ni pueda suceder sin el previo castigo de los que con sus culpas contribuyan á producir ese bien.» *Nuevos Ensay.*, t. IV, c. XVI.

biendo tan claros como éste. Por lo demás, nada más lógico que así suceda: una religión no se destruye sino con otra religión. Ni la simple impiedad, ni la filosofía, fueron nunca elementos capaces de derruir un altar, aunque fuera pedestal de falsas divinidades; ni dejarían de tener estas fervientes adoradores sólo porque lo impugnaran las teorías de los filósofos. El paganismo no sucumbió cuando Sócrates y Platon descubrieron su falsedad, y la filosofía se apartó de él para buscar ideales más puros; sucumbió únicamente cuando el cristianismo vino á sustituir los dioses de piedra con el altar sublime del Calvario.

Si en vez de verse impugnado por la nueva Iglesia, el paganismo hubiera tenido que combatir solo con las escuelas filosóficas, aún veríamos en pie á orillas del Nilo los templos de Isis y Osiris, consultaríamos todavía á las sibilas de Delfos, de Cumas y de Eritrea, y continuaríamos adorando las estatuas reunidas en el Panteón romano.

La filosofía por sí sola, es incapaz de transformar un dogma, por absurdo que sea, incapaz, sobre todo de constituir Iglesia ó reemplazar el culto antiguo con concepciones de pura metafísica. Nunca podrá el filósofo lo que puede el sacerdote, porque nunca de la cátedra de filosofía saldrá la luz intensa que sale del santuario desvaneciendo las tinieblas de nuestro origen y destinos futuros; porque sin el dogma religioso, los imperativos categóricos hallados con las más sabias disertaciones filosóficas, jamás servirán para fundar un sistema de moral. El hombre, en el fondo de su ser, necesita prosternarse en adoración y tranquilizar las tribulaciones de su conciencia, que le manda ser creyente y cumplir deberes religiosos; con estas necesidades del alma humana, para que un templo quede desierto, preciso es que antes se abran las puertas de otro, donde pueda la humanidad refugiarse también, orar y rendir culto á Dios.

Tal ha sido la historia de la esterilidad de la revolución moderna en el orden religioso. En sus arrebatos de impiedad quiso destruir el templo cristiano; pero si bien para exaltar á las masas mezclara con los odios anticristianos las pasiones democráticas, como solamente presentaba con-

tra el dogma religioso la pura negación y la blasfemia, elementos con los cuales nada se construye, no sólo resultó impotente para destruir el edificio cristiano, sino también para levantar otro templo, donde, como lo hicieron las demás herejías, congregara con nuevos ritos gran número de adeptos.

El *arrianismo*, el *maniqueismo* y demás herejías históricas, y como ahora está sucediendo con el protestantismo, largo tiempo después de la profunda conmoción que produjeron en la cristiandad, aún cuando estaban ya en plena decadencia y caminaban á completa desaparición, producían grave discordia y profunda división entre los fieles; y después de su total extinción, dejaron todavía enterrados grandes y temibles restos históricos en el suelo de las naciones donde hicieron prosélitos sus doctrinas. Pero la revolución moderna pasará sin dejar huella ni rastro alguno en el orden religioso: no habrá sido más que una excursión de bárbaros en el mundo moral.

Cuando haya pasado la horda de vándalos iconoclastas, únicamente habrá que recomponer las imágenes y volverlas á colocar en los altares, así como reconstruir las ruinas con los mismos materiales; y entonces se verá que toda la tormenta se desató por fuera, sin que hubiese ninguna conmoción ni trastorno interior. Aunque las olas y los vientos se hayan llevado la arena, el peñasco incommovible permanecerá intacto; y cuando todo parezca perdido, todo se habrá salvado. La experiencia de cada día de revolución va justificando aquel consejo de J. de Maistre: «Dejad pasar el torrente, y esperad.»

Es admirable en verdad, que una revolución que ha traído para los fieles indecibles angustias; que ha perturbado las conciencias acaso más que ninguna otra herejía; que ha minado todos los principios de fé, conmovido todos los dogmas, producido, en fin, espantoso trastorno en el mundo moral; una revolución que ha echado al fondo del abismo todas las tradiciones de las edades pasadas, y cubierto el suelo con las ruinas de los templos del antiguo culto, pareciendo tener el don de abrir con sus golpes la tierra para sepultar en lo más profundo troncos, instituciones,

códigos seculares; una revolución que prometía no dejar nada en pie de lo antiguo, y que, desplegando fuerzas destructoras, de violencia y empuje inauditos, ruje en torno del altar con más furia que contra cualquier otro enemigo, resulta impotente contra el santuario indefenso, y demuestra que el huracán más espantoso que han conocido los siglos no puede sumergir la barquilla del Pescador.

A medida que el monstruo vaya progresando entre ruinas y escombros; cuando más piense aproximarse á la realización de sus intentos satánicos, é imagine haber vencido para siempre á la que llama su enemiga tradicional, de nuevo verá levantarse el templo, más que nunca majestuoso. Los hijos de los antiguos campeones de la causa revolucionaria, hijos creyentes engendrados por padres impíos, mirarán entonces con horror el monstruo sangriento, que cuál divinidad adoraron sus padres, y sujetándolo con fuertes ligaduras, lo dejarán inerte y encadenado bajo el átrio del santuario, para edificación de los fieles y enseñanza de las generaciones venideras.

### III

Tan manifiesta se va descubriendo la esterilidad de la revolución contra el orden religioso, que entre los mismos elementos revolucionarios ha empezado á cundir el presentimiento de su impotencia.

«No puedo dejar de meditar sobre este resultado: la grande, la invencible revolución francesa, no pudo emancipar de las antiguas instituciones religiosas á una sola aldea.

«De nuevo nos encontramos á la entrada de la vieja Iglesia. Tantos esfuerzos, tantas angustias, tantos actos de audacia, tanto sudor de sangre, todo ha sido en balde» (1).

Quinet interpreta á su manera esta impotencia de la revolución, pero por mucho que se esfuerce su genio, sólo una causa hay verdadera, debiendo notarse que con toda precisión la ha formulado el mismo escritor, no en el libro

(1) Edgard Quinet, *La Revolución*.

que consagra al estudio del problema religioso en el seno de la revolución, sino más adelante, al apreciar los resultados de la guerra civil de la Vendée, en el capítulo que lleva el siguiente gráfico epígrafe: «*Que solo una religión puede vencer á otra religión. Los vencedores vuelven á la religión de los vencidos.*» Con verdad dice en este capítulo: «La guerra de la Vendée fué una guerra religiosa en la cual la religión *positiva* (1) no estaba más que de un lado. Esto puso en situación tan desventajosa á los republicanos, que, á pesar de su heroísmo, vinieron á recoger el siguiente extraño desenlace: A pesar de ser ellos los vencedores, volvieron á la religión de los vencidos, y esto lo tuvieron que llamar triunfo y pacificación. Allí se vió que las ideas vagas ningún efecto producen sobre pueblos ligados á una fé positiva. Podeis exterminarlos, pero no los convertireis á una verdad desnuda. . .

¿En dónde está el Corán de Carrier? ¿Cuál era su pontífice? En balde exterminaba á los sacerdotes; á sus espaldas, Danton buscaba para contraer matrimonio la bendición de un sacerdote que no hubiera jurado la constitución, y Robespierre favorecía al bajo clero. La Convención proclamaba en principio la libertad de aquellos que mandaba exterminar. Tan monstruosa contradicción hubiera podido durar siglos sin producir nada. Poco importa que se intente llenar el tonel de las Danaides con agua ó con sangre, siempre será el mismo infernal vacío. Carrier será execrable siempre ante todas las generaciones, y dejó en pie todo cuanto él había creído destruir.»

Y la tragedia de nuestra edad, con sus terribles catástrofes y las consecuencias inesperadas que de ellas resultan, no sólo nos va demostrando palpablemente esta impotencia de la revolución contra el edificio religioso, sino que cada día también pone más de manifiesto, y confirma del modo más elocuente, el otro hecho que antes señalamos, á saber:

(1) Suprimiendo esta palabra, que tan en boga anda en nuestros días, se hubiera expresado Quinet con más verdad. Toda religión tiene necesariamente que ser positiva; la que no es *positiva* es *negativa*; es decir, que no es tal religión, sino un sistema de impiedad disfrazado con el nombre de teoría filosófica. Por eso, para hablar con propiedad, debe decirse que la guerra de la Vendée fué una guerra religiosa, en la cual sólo uno de los dos partidos en armas tenía religión.

que la Iglesia, en el desquiciamiento moderno, recobra mayor vigor y hasta se depura en su organismo administrativo de los elementos de corrupción que pudo recoger en la atmósfera de tiempos depravados y al contacto de las pasiones humanas.

Verdad es que las tendencias hostiles á la religión persisten aún profundamente arraigadas en las doctrinas y pasiones de los hombres que tuvieron la desgracia de nacer envueltos en las preocupaciones del siglo pasado, y recibieron en su educación el impulso de aquella filosofía. Verdad que todavía los ódios anticristianos se agitan con furia, y que van creciendo entre las masas populares, siempre retrasadas en seguir los movimientos de las clases superiores.

Empero tales furores de impiedad se han hecho raros ya en nuestros tiempos entre aquella parte del pueblo morigerado y de la juventud consagrada á los trabajos del entendimiento, juventud que fué siempre la que imprimió el impulso principal en la marcha de su tiempo, y de cuyas inspiraciones dependió constantemente el rumbo que ha de llevar cada generación.

Alejándose ahora de las preocupaciones antireligiosas, está dando severa lección á los hombres de edad mas prolecta que todavía escandalizan con sus doctrinas disolventes, sus máximas de desgobierno, sus ódios, pasiones y venganzas. Muy contados son hoy los hombres que, habiendo hecho serios estudios y meditado largamente sobre la sociedad moderna, no condenen con los anatemas mas severos aquellas pasiones de impiedad que tantos cataclismos han producido.

Las clases mas elevadas, que antes de la revolución eran las mas incrédulas y pervertidas, especialmente en el viejo mundo, se acogieron al santuario al primer rugido de la tempestad: sacudidas las primeras por el huracan, fueron tambien las primeras en convertirse.

La clase media, que luego á su vez se sintió envuelta en la borrasca, empezó asi mismo á volver á su antigua fé á medida que fué recogiendo la experiencia de las revoluciones. Si aún crece y se alberga la incredulidad en las clases populares, es porque todavía no ha llegado hasta ellas todo

el escarmiento, como les llegará por los horrores del socialismo anarquista; pues sabido es que con mas facilidad se pueden éxaltar las pasiones populares que volverlas á enfrenar. Por eso, alborotar las muchedumbres sin tener el talento de saberlas dominar, fué siempre en política el sello de las medianías. El pueblo lee los impresos y pasquines subversivos, y se enardece con el discurso que oye pronunciar al tribuno; pero no ha leído, ni leerá nunca, porque no está educado para ello, ni lo estará jamás, los libros de alta controversia de los hombres que le lanzan á las luchas sociales.

De aquí que, largo tiempo despues de haber quedado desacreditada para siempre una doctrina en el terreno teórico, continúe aún poniendo en efervescencia á las masas, y excitando en ellas arrebatos de pasión.

Para conseguir que hagan explosión las pasiones y seculares rencores del pueblo, bastó siempre hacerle oír algún mote sonoro que lo condujera al combate. Un sustantivo bien buscado, una sentencia de efecto, le producen conmociones mas profundas que las doctrinas mas sabias y los principios mas sublimes. Proudhon lo conocia á maravilla cuando, para ponerlo en pié de guerra, le entregaba aquellos siniestros lemas: «La propiedad es el robo,» «Dios es el mal,» ó este otro de Gambetta: «El clericalismo, hé ahí el enemigo.» El vulgo acepta estos emblemas como apotegmas de sabiduría; cree á pié juntillas que encierran mas virtud regeneradora que el Evangelio, y se lanza á propagar la buena nueva, llevándolo todo á sangre y fuego, en espantosas revueltas sociales; pues esta es la única forma de apostolado que él comprende. Necesita para volver de su ilusión, que algunas generaciones bajen á la tumba entre desastres de anarquía.

No de otro modo han revuelto ahora al pueblo entregándole por lema la palabra liberalismo como talismán y remedio supremo contra la universalidad de los males. Con esta palabra inculcaron en él todas las pasiones revolucionarias de impiedad y desenfreno, y la ilusión de creer que se regeneran las sociedades llamando libertad á la tiranía, y que la iniquidad por si propia se santifica siendo democrática.

Puestas así las masas en conmoción, buscan en las orgías de la indisciplina social el triunfo de la fuerza bruta y del ateísmo. Para que se desvanezcan sus ilusiones y adquieran una parte de la experiencia que recogieron ya las clases superiores é ilustradas, necesitan aún repetidas tormentas de escarmientos crueles.

No nos extrañe, pues, que, aunque hayamos pasado ya el zénit de la impiedad revolucionaria, cunda todavía por las masas este género de pasiones; ni creamos tampoco que los ódios populares contra el culto han de conseguir lo que no pudo alcanzar el filosofismo.

Todo, por otra parte, revela la provechosa reacción que por doquiera se está produciendo en favor de la Iglesia. El mundo entero está hora en medio de un movimiento de resurrección católica, que empieza á surgir tan poderoso y admirable como el de la segunda mitad del siglo XVI. En la mayor parte de las naciones cristianas surge un clero, modelo de abnegación y virtudes en todos los grados de la jerarquía, digno de los mejores siglos de la Iglesia; y de entre una generación de hombres que habían perdido la fé, véñese surgir de improviso numerosos y ardientes apóstoles cristianos. Aunque, como todos los de su generación, desde la infancia se habían alimentado de las preocupaciones filosóficas que les legaron sus padres, las han sabido vencer; los agigataron todas las pasiones de impiedad, conocieron todos los errores del filosofismo, no hubo argumento ni sofisma que no tuvieran que refutar antes de acogerse á la Iglesia católica; pero supieron dominar todos los obstáculos y convertirse en campeones de la fé, hallándose entre ellos los doctores y contraversistas más sábios que hoy tiene la Iglesia.

Quizás desde los primeros días del cristianismo no había surgido con tanta magestad como ahora este género de apóstoles, salido de las mismas filas de la impiedad y de la heregía. Es que el espíritu cristiano está tan jóven y lleno de vida en el siglo XIX, que sin esfuerzo produce ahora las conversiones admirables de sus tiempos heróicos. Hoy, como en los días de los Justinos, los Atenágoras, los Clementes de Alejandría, los Tertulianos, y los Agustines, hombres que

pertenecian á las sectas filosóficas ó á los cismas más en pugna con la Iglesia, se convierten en los más enérgicos defensores de la verdad religiosa. Y mientras presenciarnos estos triunfos del antiguo culto, «vemos en cambio á sus piés y en el polvo, al decir de Quinet, los restos mutilados del protestantismo, dándose por satisfechos con vejetar sin ambición, sin proselitismo, y no ejerciendo ninguna influencia verdadera sobre los destinos de las sociedades.»

#### IV

Sin entrar en larga enumeración de los elocuentes presagios que anuncian la grandiosa resurrección católica que empieza á conmover al mundo, bastará observar el carácter que en el seno de nuestras sociedades ha venido al fin á tomar la lucha implacable entre los dos campeones, para comprender cuál de los dos, tarde ó temprano, ha de vencer, confirmando así las reflexiones que dejamos hechas sobre la evolución del *espíritu nuevo*.

Desde que empezó á anunciarse la terrible crisis de nuestra edad, las naciones se vieron divididas en dos fuerzas, que, más que partidos, debieran llamarse dos sociedades, dos razas inconciliables que se disputan el suelo. De un lado estaban los partidarios de la antigua organización social, que sucumbía bajo el peso de los siglos y de los abusos que prohibaba, y de las iras de sus contrarios; de otro estaban los fanáticos de la idea nueva, que para estirpar abusos se proponían reducirlo todo á ruinas, y con intolerancia y accesos de furia sin ejemplo, sólo comparables con la violencia de su soberbia, no admitían para buscar tiempos mejores sino procedimientos de fuerza y destrucciones radicales. Uno y otro partido, cada cual en su género, eran revolucionarios. Aquéllos, porque no revolían sino proyectos de universal demolición, y porque, sin reparar en medios ni cuidar de las consecuencias que iba á tener su obra destructora, preparaban para su patria días tristes de sangre y luto. Éstos, porque cegados por rancias preocupaciones, ó manteniendo abusos é injusticias irritantes, sólo porque eran tradicionales; oponiéndose, en fin,

sistemáticamente á toda reforma, daban lugar á que, acumulados los ódios, estallaran por fin, rompiendo todos los frenos y destruyéndose de un golpe, en terrible explosión, instituciones orgánicas que, oportunamente reformadas, hubieran podido durar largo tiempo y constituir fecundos elementos de prosperidad.

Todavía continúa entre ellos ardiente é implacable la lucha, aunque por momentos se va marcando de un modo más manifiesto el rumbo que cada uno sigue. Nada más fácil que en un principio, cuando aún permanecía envuelto en el misterio inexorable de lo futuro el carácter que iba á tener la terrible contienda, ni se presentían las catástrofes, oyéndose á los unos aclamar los lemas de la libertad, pedir libertad civil y política, libertad para la familia, para la propiedad y el culto é igualdad ante la ley, mientras otros, en cambio, se contentaban con proclamar el respeto de lo pasado y la conservación de las instituciones sociales; nada más fácil que surgieran profundas ilusiones y que los hombres de bien no supieran á qué partido inclinarse.

Grande era entonces la inexperiencia de todos, para que con igual seducción no se dejaran arrastrar los hombres, bien al partido de aquellos que, manteniendo la organización secular de la sociedad con todos sus vicios y privilegios injustos, se mostraban al mismo tiempo campeones de los principios religiosos; ó bien á la secta del filosofismo, que, lanzando anatemas sobre los abusos y pidiendo justicia, proclamaba el materialismo, y, al mismo tiempo que rebajaba al hombre, negando en él todo principio espiritual y libre, lo llenaba de soberbia y desmedido orgullo en la propia razón, y mezclaba de la manera más extraña los dogmas del ateísmo con las doctrinas del progreso, que forzosamente suponían la idea de la Providencia.

Hoy la experiencia ha hecho más difíciles para nuestra generación las ilusiones que pudieron obsecar á los que tenían lleno el corazón de aspiraciones generosas; pero menos razón que sentimiento, cuando por primera vez se planteó el gran problema de la edad moderna. Sabemos

ya á qué atenernos acerca de lo que la revolución significa, y hemos aprendido de qué manera se debe conservar lo pasado. Pero también ha llegado la hora de que todos puedan apreciar la altísima misión que la Iglesia ha desempeñado en medio del espantoso desquiciamiento.

Desde el primer momento, y cuando las sociedades estaban envueltas en horizontes tenebrosos y todo lo veían con las ilusiones de la inexperiencia, la Iglesia, con la sublime penetración que la distingue para discernir lo verdadero de lo falso, en las preocupaciones que se apoderan de cada siglo, supo, entre el confuso caos de sueños y pasiones ardientes, de buenos y malos principios que exaltan á aquella edad, separar desde luego los elementos de vida y regeneración de los gérmenes de destrucción y ponzoña. Libre de todo compromiso de secta ó de partido, tan enemiga de los abusos como del filosofismo, sin las imprudencias y la tenacidad y el ciego espíritu de los defensores del antiguo régimen, supo mantener los legítimos derechos de lo pasado; y sin las declamaciones de los escritores revolucionarios censuraba los vicios de las instituciones decrepitas.

En vez de trazar, como lo acostumbraba su siglo, confusos ideales de reforma, que por su misma vaguedad conducían al abismo; supo combatir la depravación y licencia con la rigidez y severidad del principio cristiano; y cuando la sociedad se engréa con paradojas y corría delirante por la senda de las revoluciones, calumniando á la religión, á las obras y creencias de sus mayores, la Iglesia hizo justicia á los tiempos que fueron, comprendió también las nuevas necesidades de la sociedad, y abogó por la alianza de lo pasado y de lo venidero en el seno del cristianismo. A los unos enseñó lo que debía ser la autoridad, y á los otros lo que debía ser la libertad. Servicio inmenso á la civilización moderna!

La Iglesia, en una palabra, condenó con su mayor severidad la obra y las tendencias revolucionarias; pero cobijó aquellas aspiraciones que reclamaban la transformación del antiguo régimen y la eliminación de sus abusos y grandes injusticias, las reformas, el progreso, las verdaderas li-

bertades que necesitan los pueblos cristianos, la práctica, en fin, de lo que propiamente debiera llamarse liberalismo si un elemento funesto no hubiera usurpado este nombre y con tristes hazañas falseado su significación.

La Iglesia es, por lo tanto, la que ha formado en el seno de las sociedades revueltas de nuestros tiempos ese núcleo que, si en un principio pudo parecer pobre y exíguo, de día en día ha ido creciendo con maravillosa pujanza, á medida que se desenvolvió el drama de las revoluciones. Al fin de cada catástrofe, á este núcleo se van acogiendo en más los revolucionarios arrepentidos ó desilusionados y los partidarios pertinaces de lo antiguo.

En ella buscan ahora amparo, los unos, desengañados y avisados al fin por obras de abominable tiranía, que no es la libertad el ideal que la revolución persigue; convencidos los otros, por último, entre siniestros desenlaces, de que no se conserva lo pasado sinó reformándolo á la medida de los tiempos, y depurándolo sin cesar de los vicios que la duración acumula en toda obra humana, y experimentados también en triste escarmiento de que el espíritu de resistencia es impotente para mantener por sí solo el vigor de las instituciones, y que si no se vivifican en tiempo oportuno con atinadas y justas reformas, se hace inevitable la explosión de aquellas terribles tormentas que todo lo hacen ruina.

De este modo las mismas catástrofes sociales han agrupado en torno de la Iglesia poderosos elementos para combatir á la revolución, y hoy realmente no hay en la sociedad mas que dos campeones frente á frente: la Iglesia y la Revolución; toda la lucha se resume en el gran duelo entre el catolicismo y el radicalismo socialista y anárquico.

De un lado están los tribunos, que abjurán los lemas de libertad cuando ya no les sirven para producir sediciones; los partidos que reniegan de aquellos principios de libertad en el orden civil, religioso y político, invocados por ellos como un pretexto al empezar la revolución, pero que ya ahora declaran paladinamente que no quieren ni libertad política, ni libertad en la enseñanza, ni libertad paterna, ni libertad para la propiedad y para la Iglesia, sinó el acto re-

volucionario, el monopolio y tiranía del Estado, que sería la muerte de las libertades políticas y civiles de la sociedad moderna.

En el campo opuesto están los elementos agrupados en el alrededor de la Iglesia. No han cesado estos de verse impugnados con furia por las pasiones revolucionarias y desviados una y otra vez de su rumbo por las tormentas sociales; pero entre los escombros de tanta ruina supieron no perder de vista el verdadero fin de las reformas, y prosiguiendo sin descanso la grande obra hasta aquí abortada, reclaman las verdaderas libertades civiles y políticas necesarias para regenerar á la sociedad que el antiguo régimen, al morir, entregó á nuestros tiempos.

¿Cuál de los dos alcanzará al fin completo triunfo? Todo ahora presagia que, como sucedió al día siguiente de la invasión de los bárbaros y la caída del coloso romano, cuando se disipen los densos torbellinos de humo del incendio revolucionario que todavía cubre nuestros horizontes, y vaya pasándose el polvo que se levanta de los piés de tantas muchedumbres revueltas y de las ruinas de tantos monumentos; á medida que los desengaños vayan desvaneciéndose las ilusiones y cese el estruendo producido al desplomarse la antigua sociedad, entre las ruinas de lo antiguo sólo la Iglesia aparecerá en pié, y á ella se acogerá el mundo nuevo que surge del sepulcro de lo pasado; y entonces saldaremos la deseada conciliación entre la Iglesia y la sociedad moderna.

Al trazar en las galerías del Vaticano los grandiosos temas bíblicos de la creación, Rafael, en el mas inspirado de aquellos inmortales frescos, personificó á Jehová en un anciano que, envuelto en el caos, repele con su diestra las tinieblas, y de ellas hace brotar la luz, para producir la primera mañana que iluminó al universo. Ese mismo cuadro podria representar con toda exactitud la obra que está realizando la Iglesia en medio de las sociedades modernas al inocularles su gigantesca vida moral y religiosa.

El mundo moral está en el caos, y sobre ese caos, como en el momento misterioso de la creación, entre torbellinos de compactas tinieblas, flota el arca santa de la Iglesia,

que lleva en su seno el Evangelio con el espíritu de Dios, que de nuevo está separando la luz de las tinieblas para hacer brillar la nueva aurora cristiana.

La evolución representada por el *espíritu nuevo*, camina á grandes pasos empujada por adalides cuyos antepasados fueron hijos de la revolución volteriana. Todavía existen gentes preocupadas y prevenidas por los antiguos sofismas y prejuicios antireligiosos; pero el *espíritu nuevo* triunfará, á pesar de todo, porque no ha de ser potente la incredulidad para detener en su marcha augusta el progreso y civilización de los pueblos, que ha de ser universal como la Iglesia Católica.

### Tercera parte

A manera de resúmen sintético de cuanto hemos dicho acerca de la rehabilitación de la Iglesia contra los antiguos prejuicios y sobre la evolución del *espíritu nuevo* en favor de la Iglesia, y para demostrar también como disminuyen las preocupaciones vulgares contra el Catolicismo y el Pontificado, vamos á coronar este memorandum con un notable juicio sobre la Iglesia católica del ilustre publicista M. de Vogüé, libre pensador, miembro de la Academia y del Parlamento de Francia, y que constituye el epílogo de la obra titulada: «Los Papas y la civilización.» Es el mejor representante del *espíritu nuevo* y el que mas grandes simpatías cuenta entre la juventud estudiosa é ilustrada de Francia. Al transcribirlo, llamamos la atención de todos, pero en especial de la juventud estudiosa de nuestra patria, que amamos y respetamos como la representación mas genuina del porvenir de la patria, con el propósito de convencerla de que se comete con ella la mayor iniquidad, cuando se pretende inocularle el anticuado espíritu antireligioso de la pasada Revolución francesa, anticuada ante las aspiraciones del espíritu nuevo.

Cuando un libre pensador de la talla de M. de Vogüé habla de la Iglesia Católica con tanta admiración y justicia, los prejuicios contra la misma pierden todo su valor é influencia en cuanto al concepto que debemos formarnos de la misión sublime de esa Iglesia, tan calumniada, como desconocida.

Hé aquí pues, el hermoso epílogo que en páginas magistrales resume el concepto contemporáneo del libre-pensamiento sobre la grandeza y misión del Pontificado en los tiempos modernos. No se le puede leer sin reconocer las grandes verdades que contiene y el criterio imparcial y elevado con que ha sido escrito.

Estamos, pues, seguros de que los lectores de este Memorandum nos agradecerán esta prolija transcripción de tan eminente publicista. Será al mismo tiempo la respuesta mas cumplida á los ataques, que, con ocasión de la ley de

organización de la Iglesia uruguaya, se hicieron contra la Iglesia católica y el Pontificado.

Empieza desde luego el esclarecido publicista francés por demostrar cómo el Vaticano excita en grado supremo la atención del mundo moderno.

«Los acontecimientos de actualidad, dice, que todos presenciaban, han atraído sobre el Vaticano las miradas de nuestros contemporáneos.

Jamás habían cesado los fieles de dirigir su pensamiento hacia ese polo de la catolicidad; pero hasta hace poco atraía este debilmente la atención de los indiferentes, de los extraños y de los adversarios de la Iglesia. Fascinados por el desarrollo prodigioso y aparente preponderancia de las fuerzas materiales, y distraídos por las violentas conmociones de nuestro siglo, creían muchos debilitado, cuando no extinguido, el influjo de una fuerza puramente moral. Ante la concentración de los grandes Estados modernos, y en presencia del enorme mecanismo militar, económico y científico de que dimana su poder, rechazábase la idea de que el mundo debiese contar en adelante con los pequeños Estados que habían ejercido su influencia en el pasado y mayormente con un Estado pequeño, despojado de su cuerpo, y que en las balanzas temporales solo acusaba el peso de un alma imponderable.

Apesar de todo y cabalmente cuando el Pontífice, en quien esta alma se encarna hoy día, parecía completamente destituido de acción por la lógica humana de las cosas; la atención universal se ha vuelto hacia ese débil anciano, y se ha vuelto con un crédito de espectación, llena de solicitud y de ansiedad, de esperanzas y temores, que apenas excitan en igual grado los más temibles soberanos.

En los países separados del catolicismo, en los centros refractarios á toda fé religiosa, la opinión, reina de nuestro tiempo, acecha el pensamiento del Papa con un cuidado igual al de los adeptos que esperan de él una dirección espiritual. Nada más significativo que esa preocupación que se apodera de los visitantes ilustres; jefes de Estado, diplomáticos, publicistas, pensadores desinteresados, desde su llegada á Roma. Cualquiera que sea el motivo de su viaje viene á ser secundario. A todos anima un deseo: ver y oír

al Papa; todos van á llamar desde luego al *Portone*, á esas puertas de bronce cerradas sobre el prisionero voluntario, y á todos, en fin, ya sean hombres de acción ó de pensamiento, aquellos que dan asunto á la historia ó los que la escriben, les advierte un seguro instinto que el Vaticano es uno de los grandes talleres de la historia.

Subiendo las gradas que conducen á lo alto, á esas habitaciones aéreas desde donde se domina el espectáculo del mundo, el monarca más poderoso palpa sombras silenciosas que tienen, á pesar suyo, el poder de extender ó limitar su poderío. Y si este monarca reina en un imperio donde Goethe vive en todas las memorias, esas sombras le recuerdan las palabras de Egmont: «Veo ante mí espíritus mudos y pensativos que pesan en balanzas negras los destinos de príncipes y pueblos.»

Esta efervescencia vital debía mover á los hombres de estudio á adquirir más amplio conocimiento del foco donde ella se produce. Ya algunos sábios armados con los poderosos métodos de la Universidad de Francia, han dirigido hacia este lado sus trabajos. El libro que hoy nos ofrecen (1) es hijo, á no dudarlo, de un sentimiento justo y satisfará los deseos de un numeroso público igualmente prevenido contra las alabanzas y las denigraciones sistemáticas, ansioso de poseer nociones exactas de las cosas. Nuestros colaboradores han expuesto con brevedad lo que fué el Pontificado en el pasado, lo que es al presente y cómo funcionan los delicados rodajes de esa máquina de gobierno universal. Ellos han hecho inventario del más rico tesoro de historia y artes que hayan acumulado los hombres y han grabado en este volúmen la fisonomía íntima del Vaticano.

¡El Vaticano! Gigantesco y venerable palacio cargado de siglos y recuerdos, que ha crecido á la sombra de San Pedro como la figura monumental de la Iglesia. El nombre del lugar donde se eleva anunciaba de antemano su destino; era el monte de los oráculos, dice Aulo-Gelio: «A Vaticaniis quæ vi ac instinctu ejus dei in eo agro fieri solita essent». Los fundadores de Roma hallaron sobre la colina Vaticana adivinos etruscos que reemplazaron por sus pro-

(1) «Los Papas y la civilización», de cuyo epílogo ha sido encargado M. de Vogüé.

pios augures, yendo luego á consultarlos allí sobre los asuntos de la ciudad. Estos fueron con el tiempo los asuntos del mundo, y, cuando éste se hizo cristiano, el Papa Liberio fijó en este lugar predestinado el oráculo supremo de la cristiandad. Sustituido un tiempo por el Lateranense, que fué el centro de la catolicidad hácia el fin de la edad media, el Vaticano conquistó su primacia al regreso de Aviñón. A partir de esta época, es el velo material del Papado y el testigo de su historia. La torre feudal ha desaparecido entre las elegantes construcciones del Renacimiento, corregidas á su vez y ampliadas por los fastuosos constructores de las épocas subsiguientes.

Esta vegetación de piedra hace pensar en las lentas creaciones vivientes de la naturaleza. Creciendo sin cesar con las edades, y recibiendo de cada siglo un rasgo particular, hunde sus raíces en la tumba del Apóstol. Los profundos cimientos de los palacios confundidos con los de la basílica, vienen á tocar la cripta del Pescador, verificándose así aquellas palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». De esas catacumbas se han levantado los palacios hasta la elevada cima que domina la ciudad y en la que se hallan distribuidas las habitaciones del Soberano Pontífice y de su Secretario de Estado. Parece que un empuje constante de la historia ha llevado al Papa á sus alturas. De noche, desde el fondo de las galerías interiores, vése brillar allí su lámpara como un vigía. Pero entre el sucesor de Pedro que allí reside y los ocultos restos de que dimana su razón de ser, la comunicación no se interrumpe jamás. La cadena secular se extiende desde las profundidades subterráneas hasta esa altura. Los ojos la perciben, y el espíritu la reconoce sobre cada una de las gradas por las que se sube en ese laberinto de mármol y travertino.

El lector ha visto desarrollarse al través de estas páginas la narración de las vicisitudes y las glorias del Vaticano, y con razón se admiraría si hallase en un capítulo final conjeturas temerarias sobre las futuras prolongaciones de la cadena misteriosa. Por eso, encargados de concluir, sólo queremos aplicar aquí los métodos usuales del historiador. Olvidaremos por un momento que la Iglesia se apoya sobre promesas eternas y examinaremos sus probabilidades de

duración basados solamente en el criterio de la razón esclarecida por la historia.»

## II

Después de hacer hermosas reflexiones sobre los ritos tradicionales del Vaticano, que disponen que el Pontífice difunto pase una noche en la capilla Sixtina, dice que sería para los asistentes una ocasión muy propia para entablar un exámen general y dirigir una vista sumaria sobre el pasado y el porvenir del Papado, como en efecto así lo hace.

«Roma imperial, continúa, acaba de unificar al mundo. Ella ha terminado y fijado en Occidente la civilización superior, esa flor de razón y de belleza abierta al sol de Grecia. Pero ésta, aunque magnífica, languidece, no hallando ya en sí más vida que infundir en el gran cuerpo que ha formado. Las oscuras muchedumbres sufren y perecen bajo esa planta que cultivan sin disfrutar jamás del goce que proporcionan á unos pocos.

El viento de Oriente trae entonces una simiente humilde (el cristianismo), grano extranjero, despreciado por la razón de los sabios, grano popular que germina en la heredad del pobre para aplacar su hambre. Una planta pequeña, parietaria de las tumbas, nace y trepa en sus tinieblas, rociada en sangre. Amarga y repugnante para los dichosos, los civilizados, su perfume es suave para otros y no embriaga en sus principios sino á los miserables que mueren con placer al aspirarlo. Á pesar de los esfuerzos repetidos para desarraigarla, esa planta crece, se multiplica, se convierte en vigoroso arbusto que resiste al huracán, y más tarde en árbol frondoso que cubre con su sombra las ruinas de Roma imperial y á los pueblos bárbaros sobre ellas acampados. Pasan algunos siglos, y sólo aparece este árbol único en el horizonte devastado donde la civilización antigua ha sucumbido.

Es la Iglesia cristiana con el Papado al frente! De la civilización que ella reemplaza solo se ha reservado las partes útiles, los elementos eficaces para organizar y dominar al mundo bárbaro de cuya dirección se encarga. Así las basílicas solo han tomado de los monumentos paganos las colum-

nas, los pilares de sostén; jamás una escultura, un friso ó un trozo de ornamentación. La Iglesia se ha apropiado á la herencia romana los métodos gubernamentales, las prácticas administrativas y las reglas jurídicas, las pompas exteriores y el aire de tempestad transmitido por semejante herencia, y finalmente la idea de primacía y de perpetuidad vinculadas por la persuasión universal á la ciudad de Roma. La heredera de César conoce el vigor persistente del cuerpo sobre que ha triunfado, y sabe muy bien que solo el alma era débil allí; por eso cuida de evitar su infiltración en el nuevo espíritu que infunde en ese cuerpo.

El nuevo poder, recibido al principio como el único regulador de la anarquía ambiente, halla bien pronto competidores en los estados mismos que ha organizado. Los soberanos temporales y emperadores reivindican para sí la sucesión del César. La posesión de Roma tiene un valor representativo de la posesión del mundo; es signo é instrumento de una doble jurisdicción que se extiende por todo el universo. Por eso desde Carlo Magno hasta Barbaroja viene á ser el objeto de luchas y arreglos muy complicados, mal definidos por los términos temporal y espiritual, en el sentido que hoy les damos. Las relaciones de estos dos poderes importan entonces una subordinación recíproca, cierta indistinción á que el espíritu de la edad media se acomodaba sin dificultad. Es difícil precisar los límites respectivos variables con el momento, las circunstancias, las fuerzas y la disposición de los dos participantes. . . . .

El poder temporal, tal como los Papas lo reclaman en esta época no es el poder real sobre una ciudad y un territorio donde el emperador ejerce su soberanía. Es el derecho de intervención del Vicario espiritual (El Papa) en la dirección universal de los asuntos humanos.

¿Qué importa que el Vicario temporal (el Emperador) gobierne directamente este rincón de tierra, con tal que acepte la investidura del representante del cielo? De aquí que la autoridad local de la Santa Sede no llegue á ser reconocida hasta que el Imperio debilitado se concentra en Alemania.

Durante esas luchas en las que frecuentemente se vió oprimido el Papado, vino este en conocimiento de su verdadera vocación. Obligado á apoyarse en los pueblos para resistir á

los nuevos Césares, él se mantiene en la cumbre de su grandeza por el principio que lo habia robustecido en su humilde origen revelando claramente su carácter de poder moral, emancipador y tutelar de los débiles.

En la sociedad de la edad media, el Papado se conduce como una madre rodeada de hijos pequeños. Ella los sigue paso á paso en todos sus actos de la vida y no limita sus cuidados á procurarles una educación religiosa, sinó que les dá también reglas civiles y políticas, velando solícita cuando no los toma en sus propias manos, sobre todos los poderes: legislativo, judicial y ejecutivo. Esta mano maternal es ruda á veces como el tiempo y los hombres que dirige; porque los miembros humanos de la Iglesia son hombres de ese tiempo y participan de sus energías violentas, sus pasiones y costumbres. Por otra parte «no existe poder alguno que no haya abusado de sus fuerzas» como dice José de Maitre en su libro «del Papa» y puede añadirse que no se hallará institución alguna libre por completo de los defectos del medio donde opera. Al considerar los motivos de escándalo que la historia ofrece á los detractores del Papado conviene no omitir una distinción muy necesaria. Los Papas exigen de nosotros que los creamos garantidos contra el error doctrinal; pero no pasa de aquí su privilegio, ni han pretendido jamás presentarse como exentos del pecado, es decir, del mal y del error bajo todas sus formas en la conducta pública y privada de su vida.

En ese campo de la edad media cultivado por la Iglesia, renace una civilización muy diferente de la antigua, é inferior á ella por la elegancia, la cultura del espíritu y la comprensión racional de los fenómenos; pero superior en cambio por su ideal ultra-terrestre y por las consecuencias sociales de ese ideal, á saber, más caridad, mayor piedad, y una justicia más exacta para todos los hombres. Es cierto que la brutalidad de los hechos contradice con frecuencia á estos principios, pero lo es también que estos mismos principios no han dejado por eso de fijar su asiento en la conciencia y en la legislación, sobre todo en la legislación eclesiástica.

La teología es por mucho tiempo la única lumbrera intelectual de ese nuevo mundo, hasta que poco á poco van

brillando en derredor suyo claridades profanas que nos la aurora del Renacimiento.

El Renacimiento extrae de la tierra la flor antigua sepultada. Ofuscada por su brillo y embriagada con su perfume, la sociedad cristiana vacila sobre las bases en que la Iglesia la ha asentado. Y ¿será el árbol de Cristo azas robusto para soportar ese ingerto que rechazara al salir de las catacumbas? Si en ello se reflexiona, veráse que esta es la más terrible prueba que jamás haya arrostrado. Otras revoluciones han podido herirla, pero no han amenazado cambiar su naturaleza. Aquí empero, un espíritu extraño, adverso, volvía á introducirse en la sociedad cristiana y podía desviar para siempre el espíritu mismo que había creado esa sociedad. Compréndense, pues, las ansiedades y repulsiones de un Savonarola ante tan gran peligro. Y en efecto, la resurrección del Renacimiento arrebató á la Iglesia hijos que llora aún.

A pesar de todo, el Papado se lanzó intrépido por las sendas del Renacimiento poniéndose á su frente. Grande y poderoso hasta entonces, quizo ser bello con una belleza humana y aún pagana algunas veces.

Durante mas de un siglo desde Nicolás V hasta los Medicis y los Faruese, el Vaticano fué el foco de donde irradiaron el humanismo y las artes, y el invernáculo donde la planta renaciente adquirió todo su vigor. No se hallará en la historia un segundo ejemplo de semejante prodigalidad de genio. Todos los encantadores se daban cita en el santuario de la virtud. Parecía como que una nueva religión, la religión de lo Bello quisiese sobrepujar á la antigua, por la grandeza y multiplicidad de los milagros, entre los cuales fué sin duda el más admirable el que sobreviviese el Papado sin detrimento á esa larga fiesta de gloria profana, cien veces mas peligrosa que la era de las persecuciones. Y no sin razón se prestó á ella el Papado, demostrando así su vitalidad al asociarse á todas las metamorfosis de la civilización. Regulador de las diversas corrientes que arrastran á la humanidad, debía él dirigir el Renacimiento como había dirigido las Cruzadas. Era necesario que se le viese artista y erudito con Leon X, como se le había visto apostólico y mártir con los

primeros papas, feudal y escolástico con los de la edad media, reformador y batallador con un Gregorio VII ó un Inocencio III.»

### III

Después de considerar el breve plazo de eclipse político para el Pontificado, entra de lleno en la era contemporánea.

«El período siguiente, dice, es más ingrato para la iniciativa pontifical, que no halla donde ejercerse. Las grandes monarquías absolutas se han constituido ya y rechazan en adelante la ingerencia de la Santa Sede. Ella misma se ha alejado de su origen popular por los hábitos fastuosos que le ha dado el Renacimiento y por la nueva formación del Sacro Colegio con individuos de algunas casas aristocráticas que se transmitían la tiara como un bien de familia. Su poder ideal de otros tiempos se ha transformado en poder material y en riqueza. Todo lo que gana en seguridades y plenitud de sus derechos territoriales lo pierde en esplendor y en poder universal. Gobierno de opinión, para el que los sentimientos de los pueblos son más que ejércitos, su principal resorte no existe ya en una Europa, cuya opinión permanece muda frente á frente de príncipes obedecidos y envidiosos, que sólo otorgan al Papado deferencias de etiqueta. Su acción política se ha reducido á defender los derechos del Estado Romano: su acción social se ha aniquilado, y esta palabra pierde su sentido en el siglo de Luis XIV. Por espacio de más de doscientos años, el Obispo de Roma vuelve á concretarse á su función estricta de guardian é intérprete del dogma, de negociador acreditado solamente en el terreno de los negocios puramente eclesiásticos. Y hasta pudo creerse que esta función llegaría á inutilizarse por los progresos del espíritu filosófico y la indiferencia en religión: así lo creyeron los contemporáneos y sucesores de Voltaire.

Estaba reservado á nuestro siglo el abrir de nuevo vastos horizontes. La Revolución Francesa que parecía destinada á barrer la Santa Sede juntamente con los tronos, desencadenó las fuerzas de la opinión. Esto era devolver á la Iglesia las armas que tantas victorias le han conquistado. Desde el

primer momento el Concordato y la Consagración de Napoleón nos llevan de un golpe muy lejos del siglo XIX á los grandes días del Pontificado. Es muy sutil y no menos justa esta observación de uno de nuestros colaboradores: «Pio VII firmando el Concordato está mas cerca de los papas de la edad media que de cualquiera de los papas modernos.» Y de hecho, Napoleón I, por su política respecto del Pontífice, se acerca á Barbaroja ó á Federico II más bien que á Luis XIV. Este consideraba al Papado como una entidad insignificante en Europa; aquellos lo consideraban como una potencia.

Por de pronto no se notó este cambio lleno de consecuencias. Estaba oculto á las miradas por las humillaciones del desdichado Pontífice, y nosotros mismos no lo distinguimos hoy sino á la luz de los acontecimientos que presenciamos y que es preciso referir á este hecho inicial. Despues de la caída del Imperio, el Papado fué confinado al estrecho círculo en que lo encerraban las tradiciones diplomáticas del antiguo régimen resucitadas por gobiernos despóticos ó liberales que se sucedieron en Europa durante la mitad del siglo. Su influencia parecía disminuida por la irreliión de los países liberales.

Cuando la voz profética de Chateaubriand tuvo acceso en el Conclave de 1829, hizo votos porque el futuro Pontífice; «poderoso por la doctrina y autoridad del pasado, no dejase de reconocer las nuevas necesidades del presente y del porvenir;» pero estas significativas palabras no tuvieron eco entonces. Las vicisitudes políticas y la actividad doctrinal que llenaron el largo reinado de Pio IX, hicieron al Papado mas vigoroso, mas interesante para el mundo católico; sin embargo esa fuerza acrecentada no se proyectaba aún mas allá de ese mundo sometido.

La expoliación de 1870 ha inaugurado la nueva era: era de decadencia definitiva según los observadores superficiales, que tal la creyeron despreciando las enseñanzas de la historia. Para nosotros empero, el suceso de 1870 es sólo uno de esos accidentes tan comunes en la historia del Papado. Hemos visto papas prisioneros, arrojados del Vaticano, errantes por los caminos, desterrados fuera de Italia, emigrados durante tres cuartos de siglo en Avignón;

papas que se dividen á Roma con el César latino, con el César bizantino, con el César alemán; papas dominadores absolutos del mundo sin tener donde apoyar su cabeza; papas dueños absolutos de sus dominios sin que su voz sea obedecida más allá por un mundo indiferente ó sublevado; y los hemos hallado siempre en todas las condiciones y en todos los infortunios adaptando su institución permanente á las formas transitorias más diversas: siempre investidos de su autoridad indefectible en la evolución perpetua de sus derechos reales ó señoriales. Nadie puede prever el desenlace de esta prueba temporal y cual será la situación aceptable que ofrecerán al Pontífice las combinaciones históricas del porvenir. Pero las lecciones del pasado nos autorizan para descuidar estos incidentes secundarios al dirigir una mirada general sobre el papado, ya que no tienen aquellos sino lejanas referencias con un estudio en que se trata de averiguar qué es lo que constituye su fuerza intrínseca. Si el Papa carece desde 1870 de una independencia que le es tan necesaria, no ha perdido por eso elemento alguno esencial de su poder. En un mundo donde los pequeños Estados no figuran ya y dónde la influencia de las naciones se mide por los millones de bayonetas que pueden poner en línea, unos cuantos millares de súbditos y algunas leguas cuadradas no importarían á su poseedor un átomo de fuerza real. Es preciso pues, buscar en otra parte el secreto del poder pontifical.

Poder de opinión, el Papa disfruta de la preponderancia adquirida por los poderes de este orden. Es el jefe de la asociación más poderosa y disciplinada que existe, en un tiempo en que la fuerza del principio de asociación está duplicada por el aislamiento individual de todo aquello que pudiera hacerle oposición. Se nos permitirá reproducir aquí lo que decíamos á este respecto hace algunos años, pues la observación ha robustecido nuestra convicción: «Todas las transformaciones de nuestro tiempo conspiran en favor de la Iglesia: á consecuencia del doble movimiento democrático y cosmopolita, se efectúa un notable desalojo de poder público. Los poderes de opinión; los poderes internacionales, como son la prensa, los grandes bancos europeos y las vastas confederaciones obreras se engrandecen á

expensas de los poderes oficiales y limitados en un lugar. Si se pudiese apreciar, como una cantidad ponderable, la suma del poder público existente en el mundo, se hallaría que la Bolsa de París ó el Times, por ejemplo, reúnen en diverso grado una porción de ese poder igual al que retienen hace dos siglos tal principado ó tal reino secundario. Por otra parte, el efecto inevitable de la democracia es envilecer los cargos oficiales, y elevar consiguientemente los cargos morales é intelectuales que la opinión solo ha conferido.»

Pues bien, el Papa, desempeña el primero de esos cargos. El representa la opinión, y más que la opinión la fé de muchos millones de hombres. El Papado es aún, más allá del círculo de los fieles, un centro de atracción para muchas inteligencias libres, lo cual exige algunas explicaciones.

Las discusiones contemporáneas versan gustosas sobre la renovación religiosa cuya existencia afirman ciertos observadores. Pero es muy difícil, sinó imposible basar en esta materia nuestras aseveraciones sobre un fundamento oculto en su mayor parte, cual es el estado general de las conciencias. Todo lo que podemos decir es que hay grandes probabilidades en favor de la tesis siguiente: si se toma como punto de comparación el último siglo, la fe católica es hoy la más viva, la más activa, tanto en el clero como en los centros ortodoxos. Si se traslada este punto de comparación fijándolo veinte ó treinta años antes de nosotros, la hora presente acusa todavía un aumento sinó en la cantidad al menos en la actividad de los católicos declarados y efectivos.

Fuera de estos, en las clases influyentes, en la juventud estudiosa y particularmente en el mundo dedicado á los trabajos del pensamiento, hay un gran número de espíritus separados, indiferentes por hábito ó escépticos por razonamiento. Ahora bien: de algunos años á esta parte una corriente sensible ha llevado á estos espíritus del agnosticismo positivista á las investigaciones filosóficas y morales; del realismo práctico á las aspiraciones idealistas. El gran trabajo crítico de nuestro tiempo y la explicación experimental han demostrado la vanidad de todos los principios políticos, sociales, estéticos y anticientíficos por los que se apasionaron nuestros padres, y de lo que resta menos que nada. Cada

dia se nos pone inexorablemente ante los ojos lo que un escritor ha llamado «las mentiras convencionales de nuestra civilización.» Frente á frente de esa bancarrota, el hombre interior se inquieta al sentirse abandonado y sin timón, el ciudadano se espanta al ver la máquiua pública, esa máquiua que es la patria, funcionando en el vacío sin más resultado que la nada alimentada como está por la misma nada.

Sobre los escombros de todos los sistemas solo un cuerpo de doctrinas permanece en pié. El ofrece solución á todas las necesidades públicas é individuales, y se pierde en las profundidades de la historia probando su eficacia entre las mas diversas sociedades. Tal es el depósito confiado al guardián del Vaticano. Para los espíritus de que hablamos, la adhesión á ese cuerpo de doctrinas presenta muchas dificultades; sus hábitos de razonamiento tropiezan con graves objeciones, pero á pesar de eso era inevitable su aproximación á este centro de atracción. El periodismo superficial ha bautizado ese movimiento con nombres inexactos y ridículos: misticismo, neo-cristianismo, dilettantismo religioso y otros semejantes. Pero mas bien que un epíteto atrevido podría definirsele, á nuestro modo de ver, por una comparación rigurosamente exacta tomada de las leyes mas notorias del sistema sidéreo.

Los cuerpos celestes efectúan su revolución al rededor de un astro relativamente fijo, foco central que los solicita en virtud de las leyes de la atracción. Ellos caerían de seguro y vendrían á fundirse allí si no estuviesen retenidos á distancia por la atracción que sobre ellos ejercen en sentido contrario una multitud de cuerpos diseminados en el espacio. Ahora bien supóngase entre estos últimos algunas extinciones totales ó disminuciones de densidad y el equilibrio de fuerzas será modificado y los globos en movimiento se aproximarán al foco central hacia el que tienden.

Tal es el caso de los espíritus que nos ocupa. Retenidos todavía pero menos fuertemente, por la influencia de estrellas que palidecen ó se extinguen estrechan su circuito y se acercan al foco de atracción. Llegarán ellos á unirse ¿cuando y cómo? Es un secreto del porvenir cuya aclaración no nos pertenece; debiendo solamente aclarar y justificar lo que hemos adelantado, á saber, el hecho de una atracción

creciente ejercida por el Papado sobre las inteligencias que oficialmente no le pertenecen.»

IV

Procede en seguida M. de Vogüé á enumerar las causas y motivos de la poderosa atracción que ejerce el Pontificado en la sociedad moderna, además de la que acaba de indicar, y agrega:

«Fuera de esto, diversas causas lo aproximan á varias instituciones y agrupaciones contemporáneas. La democracia ha triunfado definitivamente en algunos pueblos de ambos mundos, y sitia y se hará dueña, á no dudarlo, de las fortalezas que aún se le resisten. Pero esa democracia adolece de un malestar social agudo, caracterizado, el más grave que haya registrado la historia hace mucho tiempo, ó á lo menos el más impacientemente soportado, y el alivio de ese malestar es su preocupación dominante. Ahora bien: el Pontífice clarividente que ocupa hoy la Silla Apostólica, ha manifestado ya su inclinación hácia la democracia, y encamina suavemente á la Iglesia hácia la tradición de su origen y de la edad media, preparándola á su misión de conductora de las masas. El mismo se ha dedicado especialmente á buscar los remedios del malestar social, y no ha temido abordar en una encíclica famosa los espinosos problemas de la propiedad, del salario, de las relaciones entre el capital y el trabajo, recordando y aplicando los principios de la teología católica con una intrepidez que espanta á los economistas poco versados en el tomismo. El ha llevado los obreros á la sala del Vaticano no acostumbrados desde muchos siglos á semejantes embajadas.

Esta buena voluntad no obtendrá probablemente resultados inmediatos en el mundo obrero, agriado en su mayor parte, sublevado, prevenido contra toda intervención, religiosa; en un mundo en que cada individuo pide una solución precisa, tónica para la situación particular que el deplora; siendo así que el Papa solo puede ofrecer direcciones generales, que prevengan los conflictos, basadas en una reforma de costumbres. Sin embargo, hay que convenir en un punto capital y es que ya no se desconocen absolutamente

el Vaticano y el taller, sinó que se observan y se buscan con paternal solicitud de un lado, del otro con cierta curiosidad recelosa. Muchas veces hay discusión escéptica en el obrero, pero al fin admite discusión. Esas masas, moralmente abandonadas, saben que un oráculo reputado infalible toma la defensa de sus intereses, y este oráculo será en adelante menos sospechoso á sus ojos, puesto que está despojado de su soberanía y de su propiedad, y despojado, cosa notable, en el instante mismo en que todas las soberanías son furiosamente asaltadas, cambiando muchas de naturaleza y de origen, en el instante en que la noción de la propiedad sometida á un atento exámen corre peligro de perder en él algo de su carácter absoluto. Sea que la crisis social se agrave sin resultado, sea que se resuelva en catástrofes, tras de las cuales solo queden quimeras impotentes sobre escombros, puede llegar un momento en que una parte del mundo obrero, apesar de sus arraigadas prevenciones advierta que allí en el Vaticano, hay un árbitro para fallar en sus conflictos, un abogado para defender su causa y un arquitecto para ayudarle á reconstruir las sociedades arruinadas.

La conquista inesperada de nuevos dominios no ha contribuido menos á engrandecer y rejuvenecer el Papado; desde que el catolicismo, peregrino eterno ha franqueado los mares. No me extenderé aquí sobre las esperanzas que hace concebir la rápida formación de esa Iglesia Americana que tan vivamente hiere las imaginaciones. Todos conocen las particularidades de ese nuevo ejército, donde no hay cobardes y en el que once millones de inseritos son once millones de soldados exaltados por su confianza en la victoria. Todos saben que admirables jefes los conducen y cómo adaptan la institución católica á las costumbres de una democracia con la alegría é intrepidez de los primeros apóstoles. Por otra parte el Pontífice romano medita atraer al redil el Oriente descarriado y, por difícil que parezca esa empresa, que siempre ha fracasado, no desespera de tener mas feliz éxito y ha comenzado ya los trabajos de aproximación. No está paralizada la potencia previsora que se lanza al encuentro de esas grandes masas humanas de-

signadas por la fatalidad del número como las futuras dominadoras del planeta.

La efervescencia vital del Pontificado es todavía una participación del hecho más culminante de nuestra época: la expansión de nuestra actividad sobre todo el globo. La misión que Europa desempeña actualmente en Africa, Asia y Oceanía presenta una semejanza admirable con la misión confiada al Imperio Romano en el mundo bárbaro: de conquistar, unificar y disponer nuevos terrenos á una simiente espiritual. La Iglesia puede con fundamento mirar como conquistas probables esas familias negras ó amarillentas que hoy acecha la Propaganda. Ellas serán catequizadas por algún Bonifacio, como lo fueron las tribus de las selvas sajonas y proporcionarán á su tiempo las abundantes cosechas que ofrecimos nosotros en el pasado. ¡Quién sabe si el Papado no tendrá la dicha de ver reflorcer un día entre esas razas dóciles y sencillas que se extienden del Níger al Zambeze, una civilización por él cultivada para una nueva edad media!

De esta suerte, en cualquier dirección en que se empleen las energías de la Iglesia, se observa una evolución formal de esa institución permanente en relación con la evolución de las ideas y de los hechos en el mundo contemporáneo. Nada nos autoriza para afirmar el menor cambio en la esencia de ese poder inmutable, aún cuando sus aplicaciones dejen entrever mudanzas considerables. Con esta fuerza plástica que es por excelencia el signo de su vitalidad, la Iglesia se adapta en nuestros días al servicio de las sociedades formadas fuera de ella y aún contra ella á veces, como se adaptó á la ciudad antigua, al feudalismo, al Renacimiento y á todas las metamorfosis de su grey. Este trabajo se oculta con frecuencia á las miradas poco atentas, porque se opera lenta é insensiblemente con métodos contrarios á los de la sociedad laica y semejantes al proceder misterioso de la vida en la reparación y acrecentamiento de los organismos superiores. La vida repara y renueva incesantemente todos los átomos de nuestro ser sin que nuestra forma y personalidad sean modificadas por esas perpetuas substituciones; y en este sentido debe entenderse la renovación de la Iglesia. ¿No es acaso ese cui-

dato constante de introducir el espíritu de renovación bajo un exterior antiguo piadosamente conservado, el sabio método que distingue al civilizado del bárbaro, al hombre que perfecciona su utensilio del niño que quiebra el suyo para pedir luego otro nuevo?

Componiendo según el precepto del poeta «antiguos verbos sobre pensamientos nuevos» la Iglesia no se apresura jamás.

En todo aquello que no hace referencia á las cosas eternas; en el dominio de lo contingente y relativo, no es su misión avanzar, sino regularizar y consagrar los progresos definitivamente obtenidos. Objetan algunos pensadores, como objeto de variaciones para ellos inexplicables, la desgracia de algunos espíritus animosos criticados en el pasado por haber sostenido doctrinas políticas y sociales, bien acogidas más tarde en el Vaticano; pero esos tales avanzaron antes de tiempo. Las verdades esencialmente relativas de la política no llegan á ser verdades completas, aceptables para la Iglesia, sino en el momento en que aparecen prácticas y en que las circunstancias históricas demuestran que el fruto, maduro ya, puede recogerse. La Iglesia es el único juez de ese momento en aquello que le concierne, y no otorga su sello sino á aquellas verdades cuya necesidad se impone. Molesto oportunismo, dirán los irreflexivos; pero no es sino sabiduría profunda, si bien se reflexiona en ello. Para todo lo que no cae «sub specie æternitatis» una verdad importuna no es una verdad. El fruto destinado á alimentarnos ha de formarse y será á su tiempo bueno y útil; sólo es indigesto y dañoso si lo gustamos antes de su madurez. A todos nos es lícito defender de nuestra cuenta y riesgo lo que creemos ser la verdad del porvenir: es nuestra misión. La de la Iglesia es ignorar y reprobar á veces una idea atrevida, cuya hora no ha sonado aún en el reloj en que fija constantemente sus ojos la Reguladora de nuestras necesidades.

V

\* Pasa después á examinar la influencia del Papado en la civilización y acerca de su porvenir.

«Pero no queremos ya extender más estas consideraciones. Ellas vastan para motivar los juicios del historiador que hemos dejado en la Capilla Sixtina meditando sobre el destino del Papado; de ese historiador que hemos supuesto sincero, imparcial, deseoso únicamente de representarse el verdadero carácter, la verdadera fisonomía de la situación que estudia en el pasado, en el presente y en lo que nos es permitido prever del porvenir.

Tres cuestiones capitales ocuparían seguramente su espíritu.

¿Ha ejercido el Papado grande influencia en el desarrollo de nuestra civilización? ¿Ha sido buena y útil esta influencia? Sí, diría él. A pesar de las flaquezas y defectos á que toda carne está sujeta, á pesar del impulso de ambiciones temporales, á pesar de los excesos inseparables de todo gran poder; el Papado ha sido una potencia auxiliar de las ideas justas y generosas y es preciso atribuirle gran parte de la superioridad moral que distingue á nuestra civilización de la civilización antigua.

¿Continúa el Papado esa misión al presente? ¿Y con qué resultado? A despecho de las ruidosas hostilidades, que el respeto de los pueblos ahogaba en otros tiempos, y de las divisiones operadas en la grey y de la indiferencia real ó aparente de las masas en algunos Estados europeos, la misión del Papado no se ha aminorado.

La disminución de su posición natural no ha afectado á su influencia, antes por el contrario parece que ha sacado de este accidente un aumento de fuerza moral. Esta influencia pierde el carácter que los últimos siglos le habían dado y vuelve á revestir el de los períodos anteriores. El Papado vuelve á comenzar su tarea en los países nuevos sobre terrenos favorables con una energía y un éxito que nos recuerdan sus épocas memorables y no menos nos las recuerdan su participación activa en las grandes corrientes de ideas en Europa y el punto que ocupa en la preocupación de los poderes seculares y de la opinión popular.

¿Se presenta favorable el porvenir para la continuación de esa misión? Las líneas precedentes responden á esta pregunta, demostrando que las corrientes que arrastran nuestro mundo marchan en el sentido de la verdadera vo-

cación de los Papas y que estas corrientes vuelven á crear las condiciones históricas en que el Soberano Pontificado ha obtenido sus más brillantes victorias. La novedad sorprendente sería que el Papa faltase á las circunstancias ó que las circunstancias le faltasen á él.

Al juzgar de ciertas personas dispuestas á exagerar el poder de una acción individual, la fuerza y el esplendor del Papado contemporáneo, se deberían solamente al genio de su titular actual. Ciertamente hay que atribuir una gran parte á aquel que testigos desinteresados, adversarios políticos y adherentes á otras confesiones, han proclamado unánimes ser el hombre más eminente de este siglo. Pero él sería el primero en protestar si se despreciase la virtud eficaz de su ministerio independiente de los talentos del que lo ejerce. Uno de nuestros colaboradores lo ha dicho bien: «Hay cierto número de pontífices que se ha convenido en llamar los grandes papas. Sumad todas esas grandezas y no obtendréis aún una imagen adecuada del Papado. Esta institución supera en elevación y brillo á los titulares pasajeros que la representan.»

Esas mismas personas parecen creer que la elección del futuro Conclave puede detener ó desviar la evolución á que asistimos. Sentimiento muy poco conforme con la enseñanza de la historia! Cuando ella imprime un movimiento irresistible, todos son arrastrados; los fuertes lo dirigen, los débiles lo obedecen, y las resistencias individuales pueden á lo más estorbarlo por un momento.

El sucesor de León XIII no tendrá quizás el prestigio personal del Pontífice que admiramos, pero imaginar que él imprimirá á la Iglesia una dirección contraria á la que se le ha dado en la evolución de los pueblos, aceptada por lo más selecto de la Iglesia, equivaldría á suponer un capitán que condujese su navío en sentido contrario del término fijado por el itinerario y por las necesidades de la navegación.

Hay otra objeción más grave, á lo menos entre aquellos que la formulan de buena fé. Al observar las magníficas perspectivas abiertas á la acción del Papado por las circunstancias del presente, temen que una realización completa de esas promesas determine un retroceso hacia la teocracia, incompatible con las legítimas exigencias del espíritu

moderno; pero esto es negar á la Iglesia su natural prudencia. Ella sabe que si la infancia de nuestra raza en la edad media necesitó su vigilancia continua sobre todos los detalles de la vida y su protección contra las brutalidades de los poderes feudales, protección que no podía ejercerse sino por medio de un dominio efectivo sobre los protegidos, nada semejante es necesario ni aún posible en las condiciones actuales de nuestra existencia. Nuestras naciones envejecidas, nuestras inteligencias formadas y emancipadas exigen aún del Papado auxilios y direcciones generales, pero dueñas en adelante de sus acciones para el bien ó el mal, en su mano está el rehusar esos auxilios y direcciones. Ellas no necesitan ya de la intervención minuciosa, constante y sancionadas con penalidades que fué, propiamente hablando, el régimen teocrático y que podrá ejercerse útilmente á favor de tal tribu de Africa ó de Océanía. Pero ¿es acaso necesario, ó mejor, no es una simpleza detenerse á refutar objeciones que el mismo buen sentido rechaza por instinto? Jamás se habrá visto que una madre guarde para con sus hijos los cuidados de la infancia. José de Maistre se encargó de responder por sí mismo á esos temores en un tiempo que no ofrecía á la libertad humana todas las garantías acumuladas por el nuestro. «Si ellos, dice, me dirigen esta pregunta: ¿qué es lo que detendrá al Papa? Les responderé: todo; los cañones, las leyes, las costumbres nacionales, las soberanías, los grandes tribunales, las asambleas nacionales, la prescripción, las representaciones, las negociaciones, el deber, el temor, la prudencia y por encima de todo la opinión, reina del mundo.

Sí, el filósofo que suponemos meditando cerca del difunto Papa y buscando las mejores sendas para la mísera humanidad, dejará la compañía de las Sibilas con una doble confianza en el porvenir del Papado y en los buenos efectos de este porvenir para la humanidad. Si ha encanecido en el estudio de la historia y en la observación del siglo en que la suerte le ha arrojado, si ha visto de cerca lo imprevisto de los acontecimientos, la falsedad de las previsiones, el espantoso desorden de la razón abandonada á sus solas fuerzas, la incapacidad de los hombres para decidir sus verdaderos intereses, el egoísmo é ineptitud de la mayor

parte de los encargados del público bienestar, la dolorosa impotencia de los buenos para remediar la incurable miseria del mayor número; este filósofo saldrá de la Sixtina con una convicción más arraigada aún y apreciará mejor entonces la necesidad del regulador cuya sola oscilación parece oírse bajo los crujidos en que la sangre brota de la herida eterna del Hombre en las salas silenciosas del Vaticano.

Y cuando atraviere por la noche el patio de San Dámaso y vea de nuevo brillar en lo alto del palacio la lámpara del nuevo Papa, ya no se preguntará si ese Papa es un genio superior ó un oscuro y simple hermano del primer Pescador. Cualquiera que sea el hombre, él es la Autoridad, el Poder, el único Poder que subsiste en este mundo, que ha arruinado á todos los demás; es el piloto; no importa que haya sido el último de los marineros; conocedor, por lo mismo, de la brújula, es el único dueño moral de la barca, en que no existen otros oficiales regularmente comisionados. A medio día, con mar tranquilo, y á vista de las costas, la tripulación puede olvidarlo; esos pasajeros son sabios y expertos, y se dirigen sin dificultad merced á su profundo conocimiento de la tierra, sus observaciones científicas y su largo hábito de viaje. Pero llega la noche, estalla la tempestad y todos esos recursos se desvanecen, quedando sólo la aguja misteriosa imantada por una fuerza desconocida. El instinto de conservación atraerá entonces á nuestros hombres hácia la brújula que vela bajo esa lámpara, hácia el piloto que la guarda allí en lo alto, que los espera con tranquila certidumbre y que vigila tantos siglos há desde la activa soledad del Vaticano.»

## VI

Hé aquí, en qué términos, con qué profundidad, imparcial habla el ilustre publicista del libre pensamiento acerca de la Iglesia y del Pontificado en su misión grande y sublime á través de los siglos, así como de su estado presente y de su porvenir. Un católico podría suscribir sin grandes restricciones este hermoso documento, digno de la admiración de todo espíritu imparcial é ilustrado. El constituye lo que podemos llamar un signo de los tiempos, que seña-

la el descrédito de la incredulidad con la desaparición de las preocupaciones antirreligiosas ante una crítica independiente y amiga de la verdad en el terreno neutral y libre de la historia y de la ciencia. Por lo demás, huelgan las aplicaciones que podríamos hacer acerca de las dos clases de liberales que entre nosotros existen, los irreductibles y los mas razonables; pero es de esperar que tampoco entre nosotros ha de ser eterna la noche del oscurantismo y del imperio de las preocupaciones antirreligiosas, y que la evolución del espíritu nuevo se abrirá camino entre las inteligencias esclarecidas de la juventud uruguaya, esperanza de la religión y de la patria.

Para cooperar á esa benéfica y salvadora evolución, hemos querido ofrecer estas páginas á los espíritus que, de buena fé anhelan la verdad y el bien social. Si en ellas hemos prodigado las citas de escritores más ó menos separados del gremio de la Iglesia, lo hemos hecho, no tanto para los fieles, que no las necesitan, cuanto para dar mayor eficacia á nuestra palabra ante nuestros conciudadanos no-creyentes, que también son objeto, y objeto muy especial de nuestra solicitud y de nuestros constantes afanes, pues sabe Dios que de corazón nos interesamos grandemente por ellos.

Quiera el Señor dar á nuestra voz la mayor eficacia para que ella pueda llevar la verdad á las inteligencias extraviadas. Quiera El en su misericordia imprimir á nuestra palabra el carácter de buena nueva para los corazones que tanto la necesitan.

Hemos creído también que éste era el medio más eficaz de contribuir á la vindicación, no solo de la Iglesia católica, sino también del Gobierno y de la H. Asamblea Nacional, que la han protegido con la sancion de la nueva ley, y que han sido, por esa causa, objeto de acusaciones injustas y apasionadas.

Sea, pues, este opúsculo apologético simiente de doctrina, que esperamos en Dios, fructificará en los hombres de buena fé, al par que tributo rendido á los de buena voluntad por el último Obispo de Montevideo.

† MARIANO SOLER.